JAVIER SERRANO Y GARCÍA y LOUIS HUGELMANN

4522

La familia Pont-Biquet

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALEXANDRE BISSON

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

16

LA FAMILIA PONT-BIQUET

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LA FAMILIA PONT-BIQUET

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALEXANDRE BISSON

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

JAVIER SERRANO Y GARCÍA y LOUIS HUGELMANN

Estrenada con éxito extraordinario en el SALON NACIONAL el 29 de Marzo de 1909

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

Al Sr. D. Francisco Rodrigo

que, con su inteligente intervención como director de escena y sus eminentes dotes de artista, tanto ha contribuido al éxito de esta obra, dedican su modesto trabajo,

Los traductores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA REYNETTE	Sr.	Rodrigo.
MONSIEUR PONT-BIQUET		Portes.
BOUZU		Cano.
TOUPANCE		Puga.
PABLO		Sánchez.
DAGOBERTO		Abad.
UN CAMARERO		Mallén.
TRUMEAU		Trujillo.
MADAME PONT-BIQUET	Sra.	Hurtado.
MATILDE	Srta.	Sánchez.
GABRIELA		Estrella.
MADAME GODARD	Sra.	Domínguez.
MADAME DUMESNIL	Srta.	Alcalá.
JULIA		Campos.

La acción en nuestros días y en una ciudad próxima á París

ACTO PRIMERO

Salón bien amueblado. Puerta en el chaflán á la izquierda del espectador por donde se ve el jardín. Ventana en el chaflán á la derecha. Chimenea al fondo. Puertas laterales. En las paredes retratos de magistrados.

ESCENA PRIMERA

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL y MAD. GODARD. Después GABRIELA y PABLO. Al levantarse el telón, la puerta del jardín está abierta. Mad. Dumesnil y Mad. Godard apremian con sus preguntas á Toupance

Mme. DUM. Bueno; ¿y qué pasó entonces?
Mme. GOD. Vamos; hable usted. ¡Ay, qué hombre!
TOU. ¡Hasta dónde llega la curiosidad de las mujeres!
Mme. DUM. ¡Toma! Hasta donde llegan los tapujos de los hombres.
Mme. GOD. ¡Vamos, señor Toupance!
TOU. Pues nada. El presidente entonces ordenó que continuara la vista á puerta cerrada.
Mme. DUM. ¡Ah! pues queda lo mejor. Siga usted.
TOU. Que los gendarmes hicieron salir á todo el el mundo.
Mme. GOD. Bien, pero usted...
Mme. DUM. Usted, como escribano del juzgado, no habrá abandonado su puesto.

675561

TOU. Yo, amiga mía, he sido el primero en tomar la puerta.

Mme. GOD. ¡Usted!

(Gabriela por la izquierda con una bandeja con tazas de cafe, azucarero, etc.)

GAB. ¿Un poco de café, madame Dumesnil?

Mme. DUM. Con mucho gusto.

GAB. ¿Y usted, madame Godard?

Mme. GOD. No lo tomo nunca de noche.

GAB. Usted, señor Toupance...

TOU. Siempre, Gabrielita. (Toma la taza. A madame Godard.) ¿No lo toma usted nunca de noche? (Movimiento de negación de Madame Godard.) ¿Y por qué?

Mme. GOD. Le quita el sueño á mi marido.

GAB. Debían ustedes hablar de algo muy interesante. (Echan café.)

Mme. DUM. (Riendo.) Sí, pero no es para solteras.

Mme. GOD. ¡Para solteras! Pero si me caso dentro de quince días.

Mme. DUM. Bueno; pues pásate por aquí dentro de tres semanas.

Mme. GOD. Mira; ahí tienes á tu novio.

GAB. ¡Ah! (Corre hacia él.)

TOU. ¡Gabrielita! ¡que no me he puesto azúcar!

GAB. (A Pablo que viene á su encuentro.) No me había perdido, caballero.

PAB. No; si vengo á ayudar á usted. Venga el azucarero. (Lo toma.)

GAB. ¡Oh! ¡cuánta atención! Por supuesto, eso es ahora: luego...

PAB. ¡Siempre! En cuanto la vea á usted con un azucarero...

TOU. (A Pablo.) ¿Tiene usted la bondad? (Toma el azucarero.)

PAB. Bueno; ¿y por qué no me ha mirado usted más que cuatro veces durante la comida?

GAB. ¡Ay! Porque ponía usted unos ojos tan lánguidos y una cara tan rara... Si le miro á usted una vez más, suelto el trapo.

PAB. Soy tan feliz, Gabriela...

GAB. ¡Y yo! Yo soy archifeliz. (Mutis ambos por la izquierda.)

ESCENA II

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL, MAD. GODARD

TOU. Harán buena parejita Pablo Dubois y Gabriela Pont-Biquet.

Mme. GOD. El es profesor en París, ¿verdad?

TOU. En el Liceo Carlomagno.

Mme. DUM. Pero á todo esto, aún no ha dicho usted por qué salió de la sala de la Audiencia.

TOU. Porque desde hace cinco años no asisto á ninguna vista á puerta cerrada.

Mme. DUM. ¿Tan pudibundo se ha hecho usted?

TOU. Nada de eso. Es que... en 1875 hubo una... ¡de primera clase! La acusada era una rubita adorable, blanca, pechiergida... preciosa! El presidente era un hombre de buen gusto que en los interrogatorios sabía dar carrete á la declarante. ¡Le hizo decir cosas!... Yo salí de la Audiencia trastornado y... nueve meses después, era padre!

Mme. DUM. } Mme. G. D. } ¡Ja, ja, ja!

TOU. Sí; padre de Magdalenita. En 1879, otra vista por el estilo y viene al mundo Leoncito; en 1882, otra vista trae á Pepito y en 1885...

Mme. DUM. Comprendo; comprendo que su señora de usted se haya declarado vista cansada.

Mme. GOD. ¿De manera que no puede usted decirnos nada de la vista de hoy?

TOU. (Se levanta y lleva la silla al fondo.) Absolutamente nada.

ESCENA III

TOUPANCE, MAD. DUMESNIL, MAD. GODARD y LA REYNETTE. Después PONT-BIQUET

REY. (Por la izquierda. Ha oido la última pregunta.) Hablemos, hablemos de la Audiencia. ¡Bueno ha estado el tribunal!

Mme. DUM. ¿Usted ha asistido, señor La Reynette? (Levantándose.)

REY. ¡Cómo no! En mi calidad de juez suplente.

Mme. DUM. Entonces, usted nos contará...

REY. ¿Qué?

(Pont-Biquet entra por la izquierda.)

Mme. DUM. El asunto de hoy.

Mme. GOD. (Se levanta.) Pero con todos sus pelos y señales

REY. Es que los pormenores son un poco escabrosos. Pregunten ustedes á mi suegro que, como juez instructor, conoce bien el sumario.

PONT (Grave y solemne.) Sí; muy escabrosos.

Mme. GOD. Pues precisamente por eso.

REY. ¡Oh, madame Godard! ¡La señora de un registrador de la propiedad!

Mme. GOD. ¿Qué? Vamos á ver.

REY. ¡Si la oyese á usted su marido!

Mme. GOD. ¡Ah! Pues me oye otras peores. Y por eso no se le estropean sus registros.

PONT (Aparte y echándole ojillos como ascuas.) ¡Es encantadora!

REY. ¡Pero madame Godard!

PONT (Como antes.) ¡Es divina esta mujer!

Mme. GOD. ¿Eso le escandaliza á usted, santo varon? Pues entre marido y mujer, me parece que no tiene nada de particular. ¿Verdad, monsieur Toupance?

Mme. DUM. (A Pont-Biquet.) De manera que esa vista...

PONT (Recobra repentinamente la gravedad.) No ha tenido nada de extraordinario, querida amiga.

REY. ¡Canastos! ¿A qué llamará usted extraordinario? De manera que un hombre injustamente acusado, á quien se tiene preso dos meses y cuya inocencia se demuestra plenamente en el acto del juicio...

PONT Bueno ¿y qué? Eso está pasando todos los días.

TOU. Para eso está la justicia.

REY. ¿Para equivocarse?

TOU. Para demostrar la inocencia.

PONT Pero aunque todo sea. ¿No ha sido absuelto?

REY. Sí, por el hecho de autos. Y después de ab-

solverle, se le ha condenado en el mismo juicio á diez y ocho meses de prisión.

PONT ¡Ya lo creo! Por ultrajes á la magistratura. Y lo merecía el insolente.

REY. Estaba exasperado.

Mme. GOD. Y con razón.

REY. Además, él no insultó al tribunal; se contentó con poner verde al Presidente que abusaba de su autoridad.

PONT (Se sienta.) ¡Ah! ¿también le quitas la razón al presidente?

REY. Pero si no tiene disculpa, querido suegro. ¿Qué derecho tenía para revelar en plena Audiencia que el acusado estaba en relaciones con una mujer de quien nada se sabía?

PONT Hizo bien. Aunque solo fuera para enseñar á esa señora á escoger mejor sus relaciones... ¡Al demonio se le ocurre fijarse en un hombre que luego había de ser condenado á diez y ocho meses de prisión!

TOU. ¡Y por ofensas á la magistratura!

Mme. DUM. ¡Vaya un crimen! Si se castigara con la pena de muerte, enviudarían todos los jueces.

PONT (Se levanta.) ¡Es claro! Ahora está de moda tronar contra la justicia. Ahora no hay criminales. ¿Los asesinos? Locos que reclaman una ducha. ¿Los ladrones? Pobres enfermos que necesitan unas píldoras. Dentro de poco se reemplazarán las prisiones con establecimientos balnearios. Mandaremos á los malhechores á Vichy, á Luchón ó á Aix-les-Bains y el Palacio de Justicia, será una sucursal de la Facultad de Medicina.

REY. (Interrumpe.) Hombre, ni tanto ni tan calvo.

Mme. GOD. (Riendo.) Es buena idea. Pero cualquiera llevaba equipaje á esos establecimientos. Tendríamos que meternos en el tren ya en traje de baño.

PONT (Que ha seguido hablando con La Reynette.) Porque tú también estás contaminado.

REY. ¡Yo!

PONT ¡Pues claro! ¿Qué significan, si no, esas chifladuras de las protuberancias del cráneo?

REY. Poco á poco. La frenologia... eso ya es la ciencia.

PONT ¡Valiente ciencia que subordina el libre albedrío, la responsabilidad, á una conformación física.

REY. Está basada en los hechos. Vea usted las estadísticas.

PONT ¡Ah, sí; las estadísticas!

TOU. Nunca son verdad.

REY. Entonces, haga usted lo que yo. Examine usted mismo los casos. ¿Saben ustedes cuántas cabezas he examinado, cuántos cráneos he palpado en diez años? Tres mil trescientas ochenta y dos.

TOU. Más que un peluquero.

REY. Pues bien, casi nunca me han engañado las protuberancias.

PONT (Irónico) ¿De veras?

REY. Vamos: ¿permite usted? (Le palpa el cráneo.)

PONT ¿Qué buscas?

REY. ¡Un momento!... Hace tiempo que deseaba... ¡Y no me había engañado!

PONT ¿En qué?

REY. ¡Aquí está! Vea usted, señora; ponga usted aquí el dedo. Ya lo sospechaba yo; ahora estoy seguro.

PONT ¿Seguro de qué?

REY. ¡A usted le gustan las mujeres!

PONT ¡A mí!

REY. Sí, señor.

Mme. DUM. (Riendo.) ¡Ah, señor Pont-Biquet! ¡Usted, un magistrado!

PONT Pero, ¡si no es verdad! (Aparte.) ¡Y delante de mi escribano!

Mme. GOD. ¡Quién lo hubiera dicho, con ese aire tan grave y majestuoso!

TOU. Esas tenemos ¿eh?

PONT ¡Señores, protesto! Es verdad que quiero á mi mujer; pero...

REY. Sin perder de vista á las ajenas.

PONT (Enfadado.) Vamos, yerno, vamos.

REY. ¡Pero si usted no tiene la culpa! No es usted responsable de...

PONT ¿Todavía más?

REY. La protuberancia está ahí; en la parte posterior de la cabeza. ¡Y es de primera magnitud!

Mme. GOD. Se lo advertiremos á madame Pont-Biquet.

PONT (Vivamente.) ¡No, por Dios! Ya se inflama ella sola, sin necesidad de mecha. (Siguen hablando.)

Mme. DUM. ¿De manera que palpando el cráneo de cualquiera, se averiguan sus cualidades?

REY. Y sus defectos.

TOU. Será los que se suban á la cabeza.

Mme. DUM. ¡Quién lo hubiera sabido de soltera!

REY. ¡Ah! ¿Es que Dumesnil?.. Perdone usted, querida amiga; ¿me permite usted... (Va á cogerle la cabeza.)

Mme. DUM. (Reculando.) ¡Ah! no: muchas gracias.

REY. ¿Y usted, madame Godard?

Mme. GOD. ¡Nunca! ¡no faltaba más!

PONT (Riendo.) ¡Hola! ¿Conque tienen ustedes miedo?

Mme. GOD. De ningún modo. Pero no hay necesidad de dar un cuarto al pregonero.

Mme. DUM. ¿Un cuarto? ¡Un dineral!

ESCENA IV

DICHOS y MAD. PONT-BIQUET, GABRIELA, dentro á su tiempo.

TOU. Las nueve: me retiro.

Mme. PONT ¿Ya están ustedes de marcha?

PONT ¿Usted también, Toupance?

TOU. Sí; he prometido á mi mujer retirarme temprano.

Mme. DUM. Nosotras también nos marchamos.

Mme. GOD. ¿Cuándo vuelve su señora de usted, La Reynette?

REY. Mañana por la mañana.

Mme. GOD. ¿Ha ido á ver á su madrina?

Mme. PONT Como todos los años. Pero este año vuelve antes por los preparativos de la boda de su hermana. ¿Pero dónde está Gabriela?

REY. Probablemente en el jardín con su novio.

Mme. PONT ¡A esta hora! ¡Vaya! ¡vaya! (Llamando desde la puerta del jardín.) ¡Gabriela! ¡Gabriela!

GAB. (Dentro.) ¡Mamá!

Mme. PONT ¿Dónde estás?

GAB. Aquí.

Mme. PONT Ven en seguida. Es ya muy tarde.

GAB. Hace una noche tan hermosa...

Mme. PONT Te digo que entres. (A los demás.) Verdaderamente es una inconveniencia.

REY. ¡Oh! Con Pablo no hay peligro.

Mme. PONT No lo dudo; pero...

Mme. GOD. (Irónicamente.) ¡Un joven tan inocente!

Mme. PONT Quien quita la ocasión... La Escritura dice que el justo peca siete veces al día.

REY. (Se adula el justo.)

TOU. (Que hablaba con Pont-Biquet.) ¿De manera que no vuelve usted hasta el domingo?

PONT Es lo seguro: porque en cuanto me veo dentro del traje de caza....

TOU. ¿Y hasta entonces, reposo?

PONT Sí; no recuerdo que haya nada que hacer... A menos que los gendarmes echen mano á ese bribon de Cornillard.

TOU. ¡Quiá! ¡Hace ya un mes que le persiguen!

Mme. DUM. Lo cierto es que tiene atemorizado á todo el mundo.

Mme. PONT No hablen ustedes de ese hombre. No he soñado con otra cosa esta noche pasada. En cuanto cerraba los ojos, Cornillard que me robaba en un caballo salvaje.

PONT (¡Era un sueño!)

Mme. GOD. En el campo nadie se atreve á salir de noche solo.

Mme. DUM. Usted, señor Toupance, ¿será tan amable que nos acompañe?

TOU. Con mucho gusto. (¡Maldita sea tu estampa.) (A Mad Pont-Biquet.) Señora...

REY. Hasta mañana, señora Dumesnil. (Con intención.) Que se mejore el señor Dumesnil (Movimiento de ella.) ¡Madame Godard... (Saludándola.)

Mme. GOD. (Aparte á Pont Biquet.) Buenas noches, *don Juan Vert-Galant.*

PONT ¡Chist! ¿Quiere usted callarse? (La acompaña hasta la puerta de la derecha por donde han salido Mad. Dumesnil y Mad. Pont-Biquet.)

ESCENA V

PONT-BIQUET y LA REYNETTE

PONT Muchas gracias, yerno.

REY. ¿Por qué, papá?

PONT Por la excelente reputación de que voy á gozar en la comarca. ¡Vamos, gracias á tí voy á pasar plaza de libertino!

REY. ¡Y aún se queja! Sí, señor; y en cuanto tenga usted fama de seductor, de hombre corrompido, (Espanto de Pont-Biquet.) despertará usted los celos de los hombres (Marcando.) y la curiosidad de las mujeres, que dentro de poco acudirán á usted como moscas.

PONT (Ganado.) ¿De veras?

REY. Sí, señor. Y podrá usted continuar sus éxitos.

PONT ¿Mis éxitos?

REY. Exactamente.

PONT (Con gran naturalidad.) Pero si es que (Bajando la voz.) estás completamente equivocado, querido La Reynette. Yo no he sido nunca hombre de éxitos de esa clase, digas lo que quieras. Nunca.

REY. (Pausa.) Imposible.

PONT ¿No lo crees?

REY. ¿Y esa protuberancia?

PONT Dejemos en paz la protuberancia. Yo no he engañado jamás á mi mujer. (Recalcando la última frase.)

REY. ¿Está usted seguro?

PONT Absolutamente seguro.

REY. (Confuso.) Es un caso extraordinario.

PONT Bueno; pongamos que no es la gana lo que me ha faltado.

REY. ¡Ah!

PONT Porque me gustan las mujeres: lo confieso. Las amo, las adoro, las...

REY. ¡No lo decía yo! ¡La ciencia!

PONT En presencia de esas criaturas tan graciosas como frívolas, se me va el santo al cielo y...

REY. ¿Lo está usted viendo?

PONT Pero he luchado... he resistido.

REY. ¿Por virtud? ¿Por deber?

PONT (Con alguna vacilación.) ¡Claro!

REY. Eso es muy honroso.

PONT Y sobre todo, por cierto temor...

REY. Eso ya no es tan honroso.

PONT Nunca me he atrevido á franquear los límites de la galantería lícita.

REY. ¿Temía usted á madame Pont-Biquet?

PONT No, no es eso.

REY. Entonces...

PONT Aunque te rompieras la cabeza no darías con ello.

REY. ¿Hay secreto? ¡Venga en seguida!

PONT Es que... no es fácil de revelar. Y sólo por la confianza que tengo en tí...

REY. Si ya estoy intrigado.

PONT Bueno. Los sábados por la noche traen *La Ilustración* y le leo á mi mujer el folletín.

REY. (Burlando.) ¿Nada más que los sábados?

PONT (Picado.) ¡Claro! ¡Como que es semanal! ¡Nos ha fastidiado! En otro tiempo le leía el folletín del *Diario Francés*...

REY. Adelante, adelante.

PONT Pero ahora, yo no sé si es que la novela no me interesa ó que mis ojos se cansan...

REY. Las dos cosas.

PONT Quizás. De cualquier modo, ¿qué efecto dirás que me produce la lectura?

REY. (Riendo.) Hombre, supongo que...

PONT ¡No!

REY. ¿No?

PONT No darás con ello.

REY. No sé...

PONT Me deja sordo.

REY. ¿Qué?

PONT Como una tapia, durante tres ó cuatro horas.

REY. (Riendo.) ¡Cosa más rara!

PONT Con mi mujer, como comprenderás, mi sordera no trae consecuencias. Mientras me dura, no la oigo y eso voy ganando.

REY Mientras que si fueran otros folletines...

PONT La oiríamos los sordos. Por eso no la he engañado nunca.

REY. ¿Y qué dice la mamá de esa rareza?

PONT En el fondo, yo creo que se alegra.

REY. ¡Claro! Como que es para ella una seguridad...

PONT ¡Justamente!

ESCENA VI

LA REYNETTE, PONT-BIQUET, PABLO y GABRIELA. Los dos últimos entran por la puerta del jardín

PONT (Grave y amenazador.) ¡Hombre! ¡Ya era hora! ¡Acérquese usted! ¿Qué hacían ustedes en el jardín?

GAB. Pues pasearnos, papá... Y hablar muy seriamente.

REY. (Ya está tomando una declaración.)

PONT (Se levanta.) ¿Y de qué hablábais tan seriamente?

GAB. De Alfredo de Musset. Pablo me ha recitado algunas poesías. ¡Dios mío, qué hermosas! Creo que he llorado. Y nos hemos jurado un amor eterno. En ese momento nos ha llamado mamá.

PONT Y ha hecho muy bien. Es tarde y la noche está fresca.

GAB. No, papá, más bien hace calor. ¿Verdad, Pablo?

PONT Razón de más. Además, estás en falta con esas señoras. Acaban de marcharse y tú no las has despedido. Todavía puede que estén charlando en el recibimiento. (Indicándole que vaya.)

GAB. Voy, papá. Di á Pablo que te recite *La noche de Octubre*. Verás qué bien declama. (Mutis por la derecha.)

PONT Querido amigo, (Con solemnidad.) me guardaré muy bien de rogar á usted que nos recite *La noche de Octubre*. La conozco. Me contento con rogar á usted y á mi hija que no se paseen solitos á la luz de la luna.

PAB. ¡Ah, señor Pont-Biquet, le juro á usted!...

REY. Dentro de quince días serán marido y mujer..

PONT No es una razón. (A Pablo.) Puesto que se sabe usted de memoria á Musset, recuerde usted *La copa y los labios.*

PAB. (Muy conmovido.) ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

PONT Nada, sino que no siempre es uno dueño de sí mismo. Aquí donde usted me ve, á los veintisiete años era yo el novio oficial de una chica adorable, buena, dulce, amable, encantadora, ¡un ángel!

REY ¿Y qué?

PONT Que me casé con madame Pont-Biquet.

REY. (Con un apretón de manos.) ¡Pobre hombre!

PAB. (Con calor.) Señor Pont-Biquet, si alguien intentara hacerme renunciar á su hija de usted...

PONT Yo lo sentiría tanto como usted. Pero, afortunadamente, no se trata de eso. Un poco de prudencia y no hablemos más de ello. Me voy al jardín á fumar un cigarro.

REY. Cuidado, papá; es tarde, la noche está fresca.

PONT Sí; pero voy solo.

REY. ¿Quiere usted que le envíe á la mamá?

PONT Guárdese usted de hacerlo. (Vase.)

REY. Me lo figuraba.

ESCENA VII

LA REYNETTE y PABLO

PAB. Las nueve y veinticinco. Tengo que escribir dos cartas. Me voy á mi cuarto. Buenas noches.

REY. No. ¿Son las nueve y veinticinco?

PAB. Si éste marcha bien...

REY. Entonces no te vas á tu cuarto, Quédate: no te pesará. (Después de mirar por la derecha.) Te voy á obsequiar con un espectáculo muy interesante.

PAB. (Animado.) ¿Un espectáculo?

REY. Ya te he hablado alguna vez de mis estudios frenológicos...

PAB. (Ademán de marcharse.) ¡Ah! ¡sí! las protuberancias.

REY. Y te has reido de ellas y de mí como un ignorante. Pues bien; esta noche te voy á convencer.

PAB. ¿Sí? ¿y cómo? (Alejándose.)

REY. Desde hace un mes... (Mira por la derecha y trae á Pablo á la fuerza al proscenio izquierda.) Ven aquí. Desde hace un mes vengo preparando una prueba palpable; un experimento extraordinario, inaudito, fantástico.

PAB. (Queriendo marcharse.) Dos cartas...

REY. Una cosa estupenda. (Sujetándole.)

PAB. ¿Y quién es la persona que te sirve para tu experimento?

REY. Mi suegra.

PAB. (Interesado.) ¿Madame Pont-Biquet?

REY. Ya conoces la rigidez de sus principios. Es la virtud adusta, feroz; en la población la llaman: «la señora y cuartillo.»

PAB. ¿Y qué?

REY. Pues bien; una tarde que la encontré roncando en un sofá, le palpé el cráneo.

PAB. (Riendo.) ¡Es manía!

REY ¿Sí? Pues asómbrate. Encontré la protuberancia de las aventuras galantes y de los amores ilícitos.

PAB. (Riendo.) ¡Pobre señora!

REY. Me quedé estupefacto. Y me dige: «O la ciencia frenológica es una mentira, ó el corazón de mi suegra es un volcan sin cráter, un rescoldo gigantesco.»

PAB. Bueno. Mañana me... (Quiere irse.)

REY. No: ahora. Y continué diciendo: «¿Qué es necesario para preducir la erupción, para que brote la llama? Soplar en las cenizas. Soplemos.» Y desde hace un mes estoy soplando.

PAB. No te entiendo.

REY. Desde hace un mes le envío cada dos días una carta incendiaria firmada por «Roberto.»

PAB. ¡Ah! ¿sí? Y ella...

REY. Al principio se escamó; pero ahora...

PAB. ¿Ha contestado? (Con interés.)

REY. Mira: sus cartas; ya tengo cuatro. Están numeradas. (Leyendo un sobre.) «Monsieur Roberto. Lista de correos. Blocqueville.»

PAB. ¿Blocqueville?

REY. Un pueblecito que está á dos leguas de aquí. Aquí me conoce todo el mundo y en el correo hubieran creido que tenia alguna intriga amorosa. Escucha la carta número uno. (Leyendo.) «Se engaña usted caballero; yo soy una mujer honrada y ruego á usted que me deje en paz.»

PAB. Así empiezan todas.

REY. (Leyendo.) «No he faltado jamás á mis deberes y no había de empezar á los treinta y nueve años.»

PAB. ¡Oh, treinta y nueve! Pongamos cuarenta y dos.

REY. Pongamos cuarenta y cinco. Número dos. (Leyendo.) «No, amigo mío. no estoy irritada contra usted. Usted, segun dice, es joven y ama por primera vez. Esa es la disculpa y la explicación de su locura. Le agradezco su simpatía, pero olvideme usted. Es necesario.»

PAB. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Reblandecemos, reblandecemos.

REY. Número tres. Esto se anima. Ahora verás: (Leyendo.) «No se engaña usted, Roberto. No he sido comprendida nunca y mi corazón no ha encontrado la expansión que necesitaba.» (A Pablo.) No ha tenido la expansión... ¡pobre Pont-Biquet!... «que necesitaba.» «Puesto que usted me asegura que yo nunca sabré quién es y que se mantendrá siempre alejado de mí y en actitud respetuosa, puedo confesar á usted que sus cartas me producen un gran consuelo. (A Pablo.) ¡Un gran consuelo! (Leyendo.) «No me abandonan nunca. Las llevo en mi corsé y las leo muchas veces.»

PAB. ¡En su corsé! ¡Ja, ja, ja!

REY. No me negarás que el escondrijo es seguro. Nadie se atreverá... En fin, vamos con la última. Esta es de ayer. (Leyendo.) «No tengo valor para negar á usted una cosa que, segun dice ha de hacerle tan dichoso, Roberto. Haré lo que usted me pida con tanto ahinco.»

PAB. ¿Qué le pedias?

REY. Oye: (Leyendo.) «Mañana miércoles á las nueve y media en punto de la noche, abriré la ventana del salón que da á la plaza y podrá usted como dice, contemplarme á su sabor. Mis ojos no le verán á usted en la obscuridad de la noche; pero mi corazón le adivinará. Hasta mañana. Le abandono la punta de los dedos. ¡Béselos usted, amigo mío!»

PAB. ¡Ja, ja, ja! ¿Y tú crees que vendrá?

REY. (Con seguridad.) La espero.

PAB. Son las nueve y media.

REY. Sentémonos aquí y simulemos una partida de juego. (Se sientan á la izquierda ante una mesita de jucgo.)

PAB. ¿No la espantaremos?

REY. No puede imaginar que la observamos. Como comprenderás, yo no pierdo por nada del mundo la contemplación del cuadro. (Da cartas.) ¿Un ecarté?

PAB. Bueno. Pero ¿sabes que no me cabe en la cabeza?...

REY. ¿Y ahora? ¿creerás en las protuberancias?

PAB. ¡Madame Pont-Biquet!

REY. Mañana recibirá otra carta mía en que la llamo: «Mi angel azul, mi pájaro del Paraiso» y en la cual le pido que se pasée de diez á once de la mañana por el Boulevard de la Libertad, con un pañuelo en la mano.

PAB. ¿Y crees que irá?

REY. ¡Ya lo creo! (En voz baja.) ¡Chist! ¡Ahí está. (Alto.) ¡Arrastro!

Mme. PONT (¡Todavía en el salón! ¡qué fastidio!)

REY. (Bajo á Pablo.) Observa. Se ha puesto un tiesto de flores en el pecho.

PAB. A mí me toca. ¡Trefle! (Siguen jugando.)

ESCENA VIII

DICHOS y MAD. PONT-BIQUET

Mme. PONT (Están distraídos con el juego.)

REY. (Bajo á Pablo.) Va á la ventana...

Mme. PONT (Levanta la persiana.) (¡Está ahí!... Roberto está ahí. Me espera. La noche es oscura y no se distingue nada. Pensar que probablemente no le conoceré nunca!... ¿Es alto, es bajito, es moreno, es rubio? ¡Roberto! ¡Señor, quién puede ser Roberto?)

REY. (Como antes.) Parece que vacila...

PAB. (Idem á La Reynette) ¡El remordimiento!

Mme. PONT (¿Será el hijo del librero de la calle Mayor? Me ha mirado ayer con unos ojos .. ¿O será el primer pasante del abogado Girardin? ¡Oh, esta incertidumbre es horrible! Ahora, cuando salgo, me parece que todo el mundo me mira y que todos me siguen. Se me pasa la vida diciendo: «Debe ser este». «Debe ser aquel». Las nueve y media. Es la hora. Roberto espera. (Se arregla el cabello.) Debo estar hecha un demonio.)

REY. (Como antes.) ¡Se arregla el pelo!... Abre la ventana... (Alto.) ¡El rey!

PAB. ¡Fallo!

Mme. PONT (No han oído nada. (Mira hacia afuera.) ¿Dónde estará? ¿A la derecha? ¿A la izquierda? ¿Enfrente de mí? (Mira á todos lados coqueteando y adoptando posturas interesantes.)

REY. (Bajo y conteniendo la risa.) Mírala. Se presenta de frente, de perfil, en escorzo.

Mme. PONT (Me parece que se mueve allá una sombra... Sí; se aproxima... (Sigue haciendo monadas.)

PAB. (Bajo y riendo.) Esto es ultra-cómico.

REY. (Lo mismo.) Me ahogo. Yo voy á soltar el trapo. ¡Cuidado! ¡Se vuelve! (Juegan.)

PAB. El rey.

REY. ¡Fallo!

Mme. PONT (No sé si deje caer el pañuelo... No: una

flor.) (Se quita una rosa del peinado y la echa por la ventana.)

REY. (Como antes.) Mira, mira. Ha tirado una flor á Roberto.

PAB (Idem.) ¡Una flor!

REY. (Idem.) No sabe Roberto lo que se pierde.

Mme. PONT (¡Sea lo que sea!) (Envía un beso con la mano.)

REY. (Como antes.) Besos... besos... Le envía besos...

PAB. (Idem.) ¡Esto es indecente!

(Madame Pont Biquet está á punto de caerse por la ventana, echando besos en todas direcciones.)

REY. (Como antes.) Se va á caer á la calle. Parece una artista de circo. (Alto.) Quinientas.

PAB. Yo también.

Mme. PONT (Si Roberto no está contento... (Cerrando la ventana.) Estos no han visto nada.) ¿Hacen ustedes una partidita?

REY. ¿Es usted, mamá? Yo creía que estaba usted ya durmiendo.

Mme. PONT Todavía no. ¿A qué juegan ustedes?

REY. Al bezigue.

PAB. (Al mismo tiempo.) Al ecarté. La Reynette me está pelando; pero me consuelo pensando que «desgraciado en el juego...»

ESCENA IX

DICHOS y JULIA y después GABRIELA

JULIA (Por la derecha.) Una carta para el señor Dubois.

PAB (La toma.) ¿Una carta?

JULIA Acaban de traerla. (Vase derecha.)

PAB (A madame Pont-Biquet.) Usted perdone, señora.

Mme. PONT De nada. (Pablo lee la carta.)

REY (Se pone en pie y arregla los naipes.) ¡Qué bonitas rosas! (Señalando las que lleva madame Pont Biquet en el pecho.)

Mme. PONT ¿Verdad que son muy hermosas?

REY. ¿Sabe usted, querida mamá, que desde hace algún tiempo se va usted haciendo coqueta?

Mme. PONT ¡Oh! ¡coqueta!... ¡Yo!

PAB. (¡Cristo! ¡reventó la mina!)
(Entra Gabriela por la derecha.)

Mme. PONT ¡Ah, Gabriela! Te esperaba para recogernos, que ya es hora.

GAB. Sí, mamá. ¿Qué le pasa á usted, Pablo!

PAB. (Disimulando.) ¿A mí? Nada.

REY. Sí, chico: tienes mala cara.

Mme. PONT (Indicando la carta.) ¿Alguna mala noticia?

PAB (Balbuciente.) Sí... un amigo mío... que escribe... que se ha muerto... (Movimiento de los otros.) ¡Vamos!... que está... agonizando... Pera la cosa no tiene importancia porque... es muy aprensivo...

Mme. PONT Más vale que sea eso. Ea, buenas noches.

PAB. Buenas noches, señora.

REY. Buenas noches, mamá.

Mme. PONT (A la Reynette, con sequedad.) Buenas noches, Saturnino.

REY. Que no sueñe usted con Cornillard.

Mme. PONT ¡Qué horror! (¡Ay! con Roberto es con quien yo que querría soñar. ¡Roberto!) ¿Vienes, Gabriela? (Vase por la derecha.)

GAB. Voy, mamá. (A Pablo.) Vamos, no esté usted triste y piense usted en mí.

REY. Pensaremos, pensaremos. (Gabriela vase por la derecha.)

ESCENA X

LA REYNETTE y PABLO

REY. (Volviendo junto á Pablo.) Sepamos: ¿qué te pasa?

PAB. ¡Qué me ha de pasar! La eterna tontería y la eterna ridiculez y mi eterna mala suerte. Porque yo creía haberme librado de esto... Pues, ¡no señor! Como si no hubiera hecho nada. Está escrito que sea desgraciado y lo seré. ¡No faltaba más!

REY. ¿De quién es esa carta?

PAB. De Carmen.

REY. ¿Una española?

PAB. *Miss Carmen*, como se nombra en los carteles.

REY ¡Ah! ¿una anglo-española?

PAB. De Folies-Bergères. Un amor de circo.

REY. Pero supongo que habrás roto esas relaciones.

PAB. Completamente. Si hasta en el teatro me apestan esas mujeres que se presentan amenazando romper una boda. Figúrate si no habré tomado precauciones.

REY. Entonces, ¿qué quiere?

PAB. Fastidiarme. Escucha: (Leyendo.) «Ahora comprendo porque me ha abandonado usted repentinamente. Sé que va usted á casarse con una señorita Pont-Biquet. Lo he leído ayer en el *Fígaro*.»

REY. ¿Por qué meterán los periódicos la nariz en estas cosas?

PAB. (Leyendo.) «Pero si cree usted que yo voy á tragar la boda como un merengue, está usted muy equivocado. Estoy en el pueblo: Hotel de Inglaterra, cuarto número doce, primer piso, la segunda puerta á la izquierda. Quiero ver á usted esta misma noche. Si á las once no ha venido usted, llegará el escándalo á los tejados. No le digo á usted más. A mí no se me deja: soy yo la que dejo. Ya lo verán ustedes: usted y su Pont-Biquet. Le espera á usted. Carmen.» (A La Reynette.) Vamos, ¿no es esto el colmo de lo estúpido?

REY Está enfadada. Es evidente que está enfadada.

PAB. ¿Qué te parece?

REY. Esa es la consecuencia de tener intrigas galantes. Tarde ó temprano viene el conflicto. ¡Y yo, que había respondido á mi suegra de tu seriedad y de tus costumbres irreprochables! ¡Si madame Pont-Biquet lo supiera!

PAB ¿Un sermón ahora? ¡Pues es oportuno como hay Dios! Carmen me espera. ¿Qué te parece que haga?

REY. Vé.

PAB. ¿Yo? ¡Antes me hacen pedazos! Tú no sabes

lo celosa, lo violenta y lo vengativa que es esa mujer. Daría un escándalo tremendo y mañana se sabría en todo el pueblo. ¿Crees tú que después sería posible la boda?

REY. Seguro que no.

PAB. ¿Qué hacer?

REY. No vayas.

PAB. Eso es. Y escribirá entonces á tus suegros. Lo mismo de un modo que de otro habré perdido á Gabriela para siempre. Y eso es lo que no quiero; ¿lo oyes? porque la amo con toda mi alma. Y ella me adora. Y mato al género humano antes que renunciar á Gabriela.

REY. Pues si no quieres ir, ni tampoco dejar de ir, no sé qué vas á hacer.

PAB. Hombre, piensa alguna cosa... Tú eres un magistrado; debes conocer mucho estos asuntos; eres juez de instrucción... imposible que todo eso no sirva para algo.

REY. ¿Para qué?

PAB. Mira, muy sencillo: dictas un auto de prisión contra Carmen...

REY. ¿Un auto de prisión?

PAB. Sí, señor; la encierras y la guardas en compota hasta que yo me haya casado.

REY. ¿Que la tenga presa? Eso es un poco radical.

PAB. Eso sería la gran solución. Dos ó tres días después de mi matrimonio, le dices que ha sido una equivocación, que lo sientes mucho, que queda en libertad... ¡y ya está!

REY. ¿Y ya está?

PAB. Pues claro. Como que ni siquiera tendría derecho á indemnización. Nada más cómodo.

REY. Tienes un concepto de la justicia que encanta. ¿Es eso lo que os enseñan en la Escuela Politécnica?

PAB. Vamos, querido Reynette, lo que sé es que me encuentro en una situación excepcional y que reclama medidas excepcionales.

REY. ¿Pero qué tiene de excepcional que una mujer abandonada se aferre al que la abandona?

PAB. ¿En todo caso no tenéis los jueces un poder discrecional?

REY. Eso á mi suegro, que es el juez, yo no soy más que el suplente,

PAB. ¿No quieres hacer nada por mí?

REY. Lo que quiero es que no me pidas imposibles.

PAB. Pues bien: vé tú á verla, por mí.

REY. ¿A quién?

PAB. A Carmen.

REY. Eso es imposible. Reflexiona...

PAB ¿También eso es imposible? Bueno. No hablemos más.

REY. Escucha, hombre..

PAB. Ni una palabra.

REY. ¡Uf, qué carácter! (Pantomima en que explica al público que no puede presentarse en casa de una mujer á quien no conoce.) Vamos, Pablo.

PAB. Es inútil.

REY. ¡Qué delicia de carácter! (Nueva pantomima en que explica al público que si se presenta en casa de Carmen, ésta le dará de bofetones.) ¡Pif! ¡paf! Dos bofetadas. Y me quedo con ellas. Escucha, Pablo. (Negativa de Pablo.) Mira; idos al diablo.

PAB ¿Eh?

REY. Nada.

PAB Bueno.

REY. (Pausa.) Pero...

PAB. Pero, ¿qué?

REY. Si voy, ¡que no voy! pero si fuera, ¿qué iba yo á decir á esa mujer?

PAB. Que se vaya, que se vaya y que me deje en paz.

REY. Sí, desde luego; si por lo menos la conociera... Pero se negará á escucharme.

PAB. Pablo, tú eres juez; tienes derecho á hablarle gordo y firme.

REY. Sí, desde luego... Todo el mundo va á creer que se trata de un lío que yo tenía oculto. Yo soy muy conocido en el Hotel de Inglaterra.

PAB. ¡Ah!

REY. Sí; voy allí con frecuencia, porque allí vive mi sustituto.

PAB ¿En el hotel?

REY. Sí, mientras arreglan su casa.

PAB. ¿En qué piso vive?

REY. En el segundo.

PAB. Pues nada más sencillo. Carmen tiene su cuarto en el primero, la segunda puerta á la izquierda, número doce. Los que te vean entrar creerán que subes á ver al sustituto y entras en el cuarto de Carmen.

REY. (Saca el pañuelo.) La segunda puerta á la izquierda, número doce. (Hace un nudo en el pañuelo.)

PAB. Son las diez y media. Sálvame, querido Reynette. Tu mujer está ausente, no viene hasta mañana. Eres libre. Además nadie sabrá nada.

REY. En fin; las tonterías se enredan como las cerezas. Trataré de...

PAB. Gracias, amigo mío. Ya estaba yo seguro de tu cariño. Sobre todo, mucha energía. Amenázala, ¿eh?

REY. Pierde cuidado. Si no sale del pueblo mañana en el primer tren...

PAB. ¡La prendes!

REY. No, digo que si no se marcha no será por culpa mía.

PAB. ¡Ah! Pero, ¿te vas sin sombrero?

REY. No, hombre. Voy por él. (Mutis primera izquierda.)

PAB. Date prisa... Las diez y treinta y cinco. (Llegará á tiempo.)

ESCENA XI

DICHOS y JULIA por la derecha con una tarjeta. Después DAGOBERTO

JULIA Señorito, ¿sabe usted dónde está el señor? Preguntan por él.

PAB. En el jardín.

(Sale Julia por la puerta del jardín.)

REY. (Por primera izquierda.) Ea, en marcha.

PAB. (Le pone el sobretodo.) No sabes cuánto te lo agradezco. Pero, ¡no te fíes! ¡no te fíes!

REY. ¿De quién?

PAB. De Carmen. Es muy taimada, muy seductora...

REY. ¡Pobre chica! La compadezco. Las mujeres no son un peligro para mí. No tengo la protuberancia. (Abre la puerta del chaflán de la derecha.)

DAG. (Desde la segunda derecha.) Perdone usted, caballero. El señor Pont-Biquet...

PAB. Han ido á avisarle.

REY. Pase usted.

DAG. (Entra.) Caballero...

PAB. (Contestando al saludo.) Tome usted asiento. (A Reynette.) ¡No te fíes!

REY. Descuida. (Vase por la puerta del chaflán de la derecha. Pablo vuelve á saludar á Dagoberto y hace mutis por la primera derecha)

ESCENA XII

DAGOBERTO y PONT-BIQUET por la izquierda

PONT (Leyendo la tarjeta.) (No sé quién es.)

JULIA (Por Dagoberto.) Este caballero..

PONT Bueno. Déjenos usted. (Mutis Julia.)

DAG. (Correcto y elegante, afeitado. Aire grave y distinguido Botón multicolor en el ojal de la solapa. Muchas sortijas.) El señor Pont-Biquet...

PONT Servidor de usted.

DAG. ¿Es usted el señor juez de instrucción?

PONT Sí, señor. Tome usted asiento.

DAG. Muchas gracias. Ante todo, pido á usted mil perdones por venir á molestarle á esta hora. Pero cuando sepa usted el motivo...

PONT (Le tranquiliza con un ademán.) (Tiene buen empaque. Es distinguido.)

DAG. Vengo recomendado á usted por su amigo el magistrado señor Chauvinot, que también es amigo mío.

PONT ¿El que vive en París, en el boulevard San Germán?

DAG. El mismo. Mi nombre tampoco le será á usted desconocido. Soy Dagoberto.

PONT ¡Ah, sí! Tengo mucho gusto... (No le conozco.)

DAG. Ya sabe usted que soy artista.

PONT Sí, sí. (Será del Teatro Francés.)

DAG. Chauvinot es uno de nuestros más fervientes abonados del viernes.

PONT ¿Del viernes? (Canta en la Opera.)

DAG. De ahí viene nuestra amistad.

PONT ¿Y Chauvinot? ¿está bueno?

DAG. Sí, está perfectamente. Empezaré por hacer á usted una confesión. Usted, como juez, estará de seguro al corriente de las miserias humanas.

PONT En efecto.

DAG. Hablaré, prescindiendo de toda falsa vergüenza. Como me decía ayer mismo mi amigo el príncipe de Iliria, yo he sabido pilotar muy bien mi globo. En tres años, he recorrido todo el teclado de la gloria artística.

PONT (Es un pianista.)

DAG. Gano cien mil francos anuales.

PONT (¡Zapateta!)

DAG. Todo el mundo supone que mi vida es muy feliz. Y sin embargo, no hay nada de eso. ¡Soy casado!

PONT Y duda usted de...

DAG. Estoy al otro lado de la duda. Hace dos dos años me casé con miss Carmen, á quien también conocerá usted de nombre...

PONT Sí, sí... (¡Miss Carmen! No sé quién es.)

DAG. Me casé con ella engañado por su dulzura para exhibir palomas domesticadas. Me dará pedacitos de azucar puestos entre sus labios, pensaba yo.

PONT ¿Y consiguió usted que le tratase como á una paloma?

DAG. Lo conseguí, sí señor. Me daba cada cañazo que me volvía loco. Porque así enseña á sus pobres bichos. Pero yo estaba ciego por los atractivos de miss Carmen, que es la mujer más linda de París.

PONT (Aparte y con un gesto cómico.) ¡Hum!

DAG. En fin, á los seis meses de casado, supe que mi mujer me engañaba.

PONT ¡Ah!

DAG. Comprenderá usted que en el momento en que estaba entregado á mi arte, no podía vigilarla.

PONT ¡Claro! (Pero, ¿qué es este hombre?)

DAG. Y la traidora los aprovechaba para urdir sus intrigas amorosas. Pero, ¿con quién dirá usted? Es inconcebible. (Se levanta indignado.) ¿Sabe usted con quién? ¡Con el gigante!

PONT ¿Con el gigante?

DAG. (Exaltándose.) ¡Con un payaso! ¡Un fenómeno! ¡Un saltimbanqui! ¡Ah! ¡Cuando lo pienso, se me sube la sangre á la cabeza y...

PONT Cálmese usted.

DAG. Pido á usted mil perdones. Pero usted se hará cargo... ¡Una mujer á quien yo he amado, á quien he mimado, á quien he elevado hasta mí!... ¡Descender hasta el gigante!

PONT ¿Y qué hizo usted?

DAG. (Sentándose.) Traté de reducirla por la persuasión, por el razonamiento... Y á mi conducta sensata y generosa ha correspondido con un número de faltas tan enorme, tan formidable, tan....

PONT ¡Gigantesco!

DAG. Esa es la palabra. No he tenido más remedio que pensar en la separación, so pena de pasar por un marido complaciente, cosa que en mí estaría peor que en otro cualquiera.

PONT ¡Ah!

DAG. Por mi profesión.

PONT ¿Cómo?

DAG. Yo soy el Hombre-Pez.

PONT (Estupefacto.) ¿El Hombre-Pez?

DAG. ¿No me ha visto usted en Folies-Bergeres permanecer cinco minutos y medio debajo del agua sin respirar?

PONT No: no he tenido el honor...

DAG. Es admirable.

PONT ¿Y qué hace usted en el fondo del agua?

DAG. Mondo una zanahoria, me como una manzana, fumo una pipa y juego al bilboquet.

PONT Es prodigioso. ¿Y gana usted cien mil francos?

DAG. Sí; pero sobre todo, lo que me preocupa es la pureza de mi nombre. A los artistas se nos olvida pronto, y quiero que mi nombre quede limpio. Por eso me puse de acuerdo con Chauvinot, el cual me dijo: «Nada más fácil: sorprenda usted á su mujer infraganti y pida el divorcio.» La hice vigilar, y he recibido un telegrama en que se me decía que mi mujer había venido á esta población.

PONT ¡Ah! ¿Miss Carmen está aquí?

DAG. Sí: en el Hotel de Inglaterra. Al recibir el telegrama, fuí á ver á Chauvinot, que me dió el nombre y las señas de usted, asegurándome que usted me indicaría lo que debo hacer.

PONT Con mucho gusto... ¿De manera que usted quiere sorprender á su esposa?

DAG. Sí; esta misma noche.

PONT Pues lo primero es que se ponga usted de acuerdo con el comisario de policía. Le daré á usted una tarjeta... No; le veré yo mismo. Vamos al Casino, y le encontraremos de seguro, porque juega hasta las once. Allí le presentaré á usted.

DAG. Es usted muy amable.

(Toupance por la derecha.)

PONT ¡Calla! ¡Toupance! ¿Se le ha olvidado á usted algo?

ESCENA XIII

DICHOS y TOUPANCE

TOU. (A Dagoberto.) ¡Caballero! (A Pont-Biquet.) Es un encargo de mi mujer para madame Pont-Biquet, unas señas que necesita.

PONT Pues llega usted tarde, querido Toupance. Mi mujer ya está acostada.

TOU. ¿Ya?

PONT Si quiere usted que yo se lo diga...

TOU. No; muchas gracias. Vendré mañana. Ahora voy al Casino.

PONT Yo también. Espere usted un instante.

TOU. ¡Ah! me alegro. (¡Maldito!)

PONT En seguida soy con usted. (Mutis derecha.)

DAG. Muy bien. (Pasea hacia el fondo.)

TOU. (Mostrando á su tiempo una rosa que ocultaba con el paletot.) (Hace un cuarto de hora, cuando volvía á casa después de acompañar á esas señoras, pasé por esa plaza. De pronto, se abre aquella ventana. Era madame Pont-Biquet que, después de mirar á un lado y á otro, para asegurarse de que no había nadie, me ha echado esta rosa y me ha enviado un beso con las puntas de los dedos; ¡así! Mi asombro.. ¡quién puede figurarse mi asombro! ¡Madame Pont-Biquet!... ¡Está todavía frescachona! Está... sí; está mejor que mi mujer. ¡Amado de la mujer del juez de instrucción! ¡Me parece que toco ya el ascenso!)

PONT (Con abrigo y sombrero.) Saldremos por aquí y acortaremos el camino.

DAG. (A Pont-Biquet, por Toupance.) Preséntame usted.

PONT (A Dagoberto.) ¡Hum! No hay para qué decirle que es usted el Hombre-Pez.

DAG. ¿No? ¿por qué?

PONT Aquí no saben apreciar á los artistas. Les parecen titiriteros.

DAG. (Muy ofendido.) ¡Oooh!

PONT (Presentándolos.) El señor Toupance, escribano de actuaciones. El señor Dagoberto, ministro referendario del Tribunal de Cuentas. (Cortesías exageradas. Salen por la puertecilla del jardín.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que para el primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

PABLO y GABRIELA

El primero tiene en las manos un brazado de flores, de las cuales va tomando Gabriela para renovar las de los jarrones del salón

GAB. (En la chimenea.) ¡Oh! yo tengo ideas muy fijas acerca del matrimonio.

PAB. (Distraido, preocupado.) ¡Ah! ¿De veras? (Las nueve y media... y La Reynette no ha vuelto... desde anoche... ¿Dónde está ese animal?)

GAB. Sí, señor; he observado mucho, he estudiado mucho á las familias que tratamos.

PAB. (¡Toda la noche esperándole!)

GAB. Y no sólo las he estudiado, sino que después he reflexionado mucho.

PAB. ¡Ah! ¿De veras? (Demasiado sabe la inquietud con que le aguardo.)

GAB. Tengo la seguridad de que si hay tantos matrimonios que se llevan mal es porque la felicidad no es posible en el matrimonio, sino con ciertas condiciones.

PAB. (Pausa.) ¡Ah! ¿de veras?

GAB. (Viniendo hácia él.) ¿Pero, usted oye lo que estoy diciendo?

PAB. ¡Ah! ¡ya lo creo!

GAB. Pues no lo parece. (Toma flores.)

PAB. Pero Gabrielita ¿cómo puede usted creer que no la escucho? (Se vuelve para mirar por el jardín.)

GAB. Pero estése usted quieto. Va usted á dejar caer las flores.

PAB. ¡Ah! Perdone usted.

GAB. (Renovando las flores de un sitio próximo á Pablo.) En primer lugar, ¿no se casan los novios para vivir juntos y solos?

PAB. Sí, sí; solos.

GAB. Pues entonces sobra todo el mundo. Ni padre, ni madre, ni tío, ni tía, ni hermano, ni hermana.

PAB. ¡Nadie! (No me cabe duda. ¡Es que Carmen lo ha entretenido con sus mimos!)

GAB. Vea usted lo que pasa en mi casa. Mi hermana y mi cuñado se adoran y serían completamente felices si mamá quisiera dejarlos en paz. Nosotros no caeremos en eso.

PAB. (¡Ah! ¡ahora sí!) (Corre á la puerta del jardín.)

GAB. Pero ¿qué le pasa á usted?

PAB. Nada. Creía haber oído pasos.

GAB. ¿Espera usted á alguien? (Toma las flores y sigue repartiéndolas.)

PAB. No: á nadie. Decíamos... que nada de suegra. ¡Muy bien! ¡por nada del mundo! ¿Qué más?

GAB. ¿Qué más? Una cosa muy sencilla; yo creo que marido y mujer deben hacer la misma vida.

PAB. (Con tal que nadie note que ha pasado la noche fuera...)

GAB. Yo no creo que la mujer debe divertirse mientras trabaja el marido; pero cuando el señor necesite distraerse, la señora no debe quedarse en casa.

PAB. Habla usted como un libro.

GAB. (Muy convencida.) ¿No es verdad?

PAB. (Súbitamente.) (Si entran en su cuarto y ven que la cama está intacta...)

GAB. (Acercándosele.) Prométame usted que me tendrá al corriente de sus ocupaciones, de sus trabajos. (Toma las últimas flores.)

PAB. Pues claro que lo prometo. Le presentaré á usted mis alumnos del Liceo Carlomagno y usted y yo juntos corregiremos las composiciones.

GAB. (Vivamente.) Pablito: ya sabe usted que no tolero que se burlen de mí. Se lo advierto. (Adorna otro vaso.)

PAB. ¡Hola! ¡Parece que tenemos geniecillo!

GAB. En efecto, caballero... ¡y mucho! (Tiernamente.) Eso no le impedirá á usted hacer de mí lo que le dé la gana.

PAB. Entonces haré de usted la más amada y la más dichosa de las mujeres.

GAB. ¿De modo que aprueba usted mi programa?

PAB. ¿Qué si lo apruebo? Solitos, sin suegra y haciendo las mismas cosas. ¡Ah, Gabriela! (Quiere besarla.)

GAB. ¡No! (Rechazándole suavemente.) por la mañana, no.

ESCENA II

DICHOS, MADAME PONT-BIQUET, JULIA; después PONT-BIQUET

Mme. PONT (Por la segunda izquierda.) ¿Habeis visto á mi yerno?

PAB. ¿A La Reynette?

Mme. PONT Sí; todavía no le he visto esta mañana.

GAB. Se le habrán pegado las sábanas.

Mme. PONT Voy á ver en su cuarto...

PAB. (Vivamente.) No, no está. Ha salido temprano.

Mme. PONT ¿Ha salido? ¡Y sin desayunarse! ¿Dónde ha ido? ¡Si él no sale nunca por la mañana! (A Pablo.) ¿Usted le ha visto?

PAB. ¡No!.. ¡Sí! ¡ya lo creo! Le he visto en el jardín. Me ha dicho que tenía que despachar un asunto imprevisto... que no tenía más remedio...

GAB. ¡Claro! ¡Ya sé yo donde está!

PAB. (¡Qué!)

Mme. PONT ¿Dónde?

GAB. ¡Pues en la estación! Habrá ido á esperar á su mujer. Matilde llegará en el tren de las nueve y treinta y cinco.

Mme. PONT Precisamente. Ya debería estar aquí.

PAB (¡Pues esto nos faltaba!)

Mme. PONT (Con coquetería.) Oye, Gabriela.

GAB. Mamá.

Mme. PONT (Mirándose en el espejo.) ¿Qué te parece hoy mi peinado?

GAB. (Sin fijarse.) Muy bien, mamá; como siempre.

Mme. PONT ¿No encuentras nada nuevo? Pues me he rizado el pelo.

PAB. (¡Vamos! ¡Por Roberto!)

Mme. PONT No me habré puesto bastantes horquillas.

JULIA (Por la segunda izquierda.) Una carta para la señora. (Se la da y vase.)

PAB. (Si pudiera meterme, sin que me vieran, en el cuarto de La Reynette.) (Se dirige poco á poco hacia la primera izquierda.)

Mme. PONT (Es de él; de Roberto.) (La lee.)

PAB (Voy á deshacer la cama y á trastornar un poco los muebles.)

GAB. Señor Dubois.

PAB. (Deteniéndose bruscamente.) ¡Señorita! (No puedo colarme.) (Vuelve junto á Gabriela, que le habla y acaba de arreglar las flores.)

Mme. PONT (Leyendo.) («¡Mi ángel azul!... ¡Mi pájaro del Paraíso!» ¡Oh, qué galante! En su vida me ha dicho Pont-Biquet nada semejante. (Leyendo.) «Por favor, no me rehuse usted lo que voy á pedirle. Mañana jueves, le ruego que se pasée, de diez á once de la mañana, por el boulevard de la Libertad. Unos ojos ardientes y respetuosos espiarán su paso, (Pont-Biquet, por la segunda derecha, leyendo un periódico) que hará latir violentamente un corazón reconocido. Si quiere usted extremar el favor, lleve usted en la mano un pañuelo, mientras dure el paseo, en señal de simpatía por su enamorado, *Roberto.*» (Pont-Biquet se sienta cerca de ella.) (¡Qué niño! ¡Lo que son los jóvenes, Dios mío!) (Al ver á su marido.) ¡Ah!

ESCENA III

DICHOS, PONT-BIQUET; después MATILDE

PONT ¿Has recibido una carta?

Mme. PONT Sí...

PONT ¿De quién?

Mme. PONT (Vivamente.) De la modista. (La guarda en el bolsillo.)

GAB. Buenos días, papá.

PONT Buenos días, muñeca. (La besa.) ¿Has descansado?

GAB. Sí, papá.

PAB. ¡Querido señor Pont-Biquet!

PONT Buenos días, Pablo. (Dándole la mano.) ¿No ocurre nada nuevo? ¿Qué habéis hecho esta mañana?

Mme. PONT (Ya está tomando declaración.) Hemos hecho lo que hemos querido.

PONT Ursula, no abres la boca si no es para decirme algo desagradable.

Mme. PONT Señal de que soy constante. No todos pueden decir lo mismo.

GAB. Mamá, haznos el favor de no disputar delante de nosotros. La verdad es que eso quita los ánimos á cualquiera.

PONT ¡Oh! Estoy seguro de que tú serás una mujercita modelo.

Mme. PONT Tampoco usted se parece á otros maridos... (En voz baja.) ¡Señor sordo!

PONT (En voz baja.) Sordo semanal.

Mme. PONT ¡Así lo espero!

GAB. (A Pablo.) ¿Lo ha oído usted? Yo seré una mujercita ejemplar.

PAB. Ya lo sé.

MAT. (Por la derecha.) Buenos días por aquí.

GAB. ¡Ah! ¡Matilde! (La abraza.)

PAB. (La señora de La Reynette; ¡se cayó la casa!)

MAT. ¿Qué tal, padre? ¿Y tú, mamá?

PONT ¿Qué tal el viaje?

MAT. Muy bueno. (Saludando.) ¡Señor Dubois! (Le da la mano; después abraza á su madre.)

PAB. ¡Querida señora!

Mme. PONT ¿Traes hambre?

MAT. Sí, tomaría un chocolate.

Mme. PONT (A Gabriela.) Dí á la cocinera que lo haga.

GAB. En seguida. (Vase por segunda izquierda.)

Mme. PONT ¿Y tu marido?

MAT. ¿Mi marido?

PAB. (Esta es la ocasión.)

Mme. PONT ¿No venía contigo?

MAT. No; yo creía encontrarlo con vosotros. (Pablo se mete, sin ser visto, por la primera izquierda.)

Mme. PONT Pues no sé dónde se ha metido. Yo creía que había ido á esperarte en la estación.

MAT. No: por lo menos no le he visto.

PONT Pues durmiendo á estas horas, no lo creo.

MAT. (Vivamente.) Si está malo, decídmelo.

Mme. PONT No: salió esta mañana, según parece, para despachar un asunto imprevisto.

MAT. ¿Qué asunto? (Se ha quitado el sombrero y el abrigo.)

Mme. PONT ¡Ah! Eso no sé.

MAT. En fin, él nos lo dirá cuando vuelva. (Se dirige á la primera izquierda.) Voy á quitarme este traje. (Entreabre la puerta, mira un momento y vuelve á cerrarla, riendo.) ¡Vaya una rareza!

Mme. PONT ¿Qué te pasa?

MAT. ¡Pero está loco!

PONT ¿Quién?

MAT. Pablo.

Mme. PONT ¿Por qué?

MAT. Está haciendo mi cama.

Mme. PONT ¿Qué estás diciendo?

MAT. Mira.

Mme. PONT (Entreabre la puerta, mira y cierra.) ¡Cosa más rara!

MAT. ¿Lo has visto?

Mme. PONT Ahora parece que está limpiando los muebles... Está bajando las cortinas y removiendo las sillas.

PONT ¿Qué será eso?

Mme. PONT Una chifladura. Como otros tienen manía de grandezas, á él le da por ser ayuda de cámara.

MAT. Por fuerza. Porque esto no es natural.

PONT Imposible. Ayer mismo tenía íntegras sus facultades mentales. (Mira por la puerta y la cierra.)

Mme. PONT ¿Qué hace?

PONT Se lava las manos.

Mme. PONT Eso es que no se había lavado esta mañana.

ESCENA IV

PONT-BIQUET, MADAME PONT-BIQUET, MATILDE y LA REYNETTE

REY. (Por la segunda derecha.) ¡Matilde!.. ¡Matildilla!... ¡Por fin!

MAT. ¡Ah, Saturnino! (Le abraza.)

REY ¡Cuánto me alegro! ¡Ya estás aquí! Comenzaba á encontrar insoportable tu ausencia. ¿De salud, bien? ¿Estás cansada?

MAT. No: no mucho.

REY. Mejor que mejor. Me alegro mucho.

MAT. Tú eres el que no tiene buena cara... ¿Te sientes mal?

REY. No, querida Matilde. Todo se reduce á que he pasado una mala noche.

MAT. ¿Por qué no has ido á esperarme en la estación? ¡Ni siquiera se te ha ocurrido!

REY. Sí que se me ha ocurrido, pero no he podido: me he despertado muy tarde.

MAT. ¿De veras?

REY. Como que hace quince minutos que me he levantado.

Mme. PONT (¿Qué dice?)

PONT ¿Te has despertado á las nueve y media?

REY. Ni más ni menos.

Mme. PONT Pero, ¿de dónde vienes?

REY. (Riendo forzadamente.) ¿Que de dónde vengo? ¡Ah! No podéis imaginarlo... Vengo del hotel de Inglaterra, en donde he pasado la noche.

MAT. ¿Has dormido en el hotel?

Mme. PONT ¿Cómo es eso?

PONT ¡Vaya un capricho!

REY. Os quedáis pasmados, ¿eh? Ya estaba yo seguro de que abriríais un palmo de boca... Y, sin embargo, es la cosa más natural del mundo. Anoche, á eso de las once, fuí á ver á mi sustituto, que, como sabéis, vive por ahora en el hotel de Inglaterra. Hicimos nuestro ponche, sacamos cigarros, pegamos la hebra, y, como dos estudiantes, nos enfrascamos en una discusión de tres pares de bemoles, acerca de las cuestiones más arduas del Derecho trascendental. Pasan horas y más horas, y cuando se me ocurre mirar el reló... ¡las tres de la madrugada! Y entonces me doy cuenta de que había salido sin la llave.

Mme. PONT (Esto es un cuento tártaro.)

REY. ¿Qué voy á hacer?—me dije,—si vuelvo á casa á esta hora, tendré que llamar, tendré que llamar tres ó cuatro veces, armar un escándalo, alborotar la casa y alarmar á todo el barrio. Precisamente la pobre mamá no ha podido anoche pegar los ojos, porque ha estado soñando con Cornillard... Necesita descansar, reparar sus fuerzas; y por consiguiente sería una crueldad turbar su sueño, el sueñecito de la madrugada.

Mme. PONT Gracias por la atención. (¡Y además me dedica la travesura!)

REY. Por otra parte, mi mujer no está en casa. (A Matilde.) Tú no habías llegado aún. Nadie me espera. ¿Para qué molestar á nadie? ¡Quedémonos en el hotel! ¡Y me he quedado!

PONT Has hecho bien.

REY. ¿Verdad? Tomé un cuarto, el mejor que había... un cuarto de cuatro francos. ¡Qué cama, Santo Dios! No podía dormir; por fin pude coger el sueño á eso de las seis, y cuando me he despertado, eran ya las nueve y media.

Mme. PONT (Estallando.) ¿De modo que ha pasado usted la noche fuera?

REY. (Sorprendido.) ¿No lo sabía usted?

Mme. PONT Ni una palabra.

PONT Ahora nos enteramos.

REY. (¡He metido la patita!)
MAT. ¿No habías salido esta mañana temprano?
REY. ¿Esta mañana?
MAT. Sí; para despachar un asunto imprevisto...
REY. ¡Yo!
(Pablo por la primera izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y PABLO DUBOIS; después GABRIELA

PAB. (Sin ver á La Reynette.) (Ya está el cuarto como una leonera.)
Mme. PONT Pablo es el que nos ha asegurado que te había visto esta mañana, que te había hablado.
REY. ¿Tú? ¿Tú me has visto?
PAB. Pues claro. (Le hace señas.)
REY. ¿Y me has hablado?
PAB. Ahí... en el jardín. (¡Si será zopenco, que no me entiende!)
REY. ¡Vaya! Estás tocando el violón. ¡Oh, no tienes por qué hacerme señas! ¡Caracoles! ¡Qué tupé!
PAB. ¿Cómo?
REY. ¡Cómo has de haberme visto en casa si he pasado la noche en el Hotel de Inglaterra y acabo de llegar!
PAB. ¡Ah! ¿Has pasado?... (A los demás) ¿Ha pasado?...
TODOS ¡Sí!
PAB. ¡Ah! (¡Y lo confiesa!)
REY. ¿Te admira, eh? ¿Te admira que yo diga á todo el mundo que he pasado una noche fuera de mi casa? ¡Confiésalo!
PAB. La verdad es que... (¡Y dice que yo tengo tupé!)
REY. Y para que nadie lo advirtiera has dicho que me habías visto esta mañana... y que habías hablado conmigo... ¡Confiésalo!
PAB. ¡Como que para hacerlo creer mejor he deshecho tu cama!
REY. Te agradezco la intención; pero te ruego que no te mezcles en mis asuntos.
PAB. ¡Bueno! ¡Está bien!

REY. ¡Yo no tengo por qué ocultar nada! ¡Y digo siempre la verdad! ¡Toda la verdad... nada más que la verdad! ¿No es así, Matilde?

MAT. Así lo creo.

REY. Ese es mi sistema, ¡ese! decir la verdad.

PONT ¡Pero si nadie lo duda!

REY. Si hubiera dormido en un bosque diría: «He dormido en un bosque». He dormido en el Hotel de Inglaterra... Pues digo: «He dormido en el Hotel de Inglaterra». ¡Ea! ¡ya está averiguado!

Mme. PONT (O en un bosque.)

REY. Mientras que tú, con tus mentiras y tus tapujos tontos...

PAB. He hecho mal; lo confieso.

REY. ¡Y tan mal! ¡muy mal!

PONT ¡Vamos, hombre! Ya se comprende que Pablo ha obrado así por amistad.

REY. Ya lo sé. Ha obrado como amigo: como amigo indiscreto. Ha creído que yo soy uno de tantos maridos que necesitan inventar historias. Y yo no necesito nada de eso. Soy un marido enamorado de su mujer. Y que no quiere á nadie más que á su mujer. ¿Verdad, Matilde?

MAT. Así lo creo.

REY. ¡Sea en buen hora! ¿De manera que has traído buen viaje? ¿Y has vuelto buena y sana? ¡Me alegro! ¡Me alegro! (Sube hacia el foro con Pont-Biquet.)

MAT. (A su madre.) ¿Qué te parece de esa historia?

Mme. PONT Que no creo absolutamente una palabra.

MAT. ¿Sí, eh?

Mme. PONT Pero déjame á mí: ya lo pondremos en claro.

GAB. (Por la segunda izquierda, á Matilde.) Ya tienes hecho el chocolate.

MAT. Gracias, Gabrielita.

PONT (A Gabriela.) ¿Sabes si están listos mis arreos de caza?

GAB. Todo: ahora mismo ha llevado Julia las botas á tu cuarto.

PONT Muy bien. Voy á ponérmelas. (Mutis segunda derecha con Matilde.)

PAB. (Bajo á La Reynette.) ¿Y Carmen?

REY. (Idem á Pablo.) Ahora hablaremos.

Mme. PONT (Hablan en secreto.)

REY. (Las diez y cinco... ¿No habrá recibido mi suegra la última carta de Roberto? Vamos á verlo.)

PAB. (Con tal que la haya decidido á marcharse...)

REY. Las diez y cinco... ¡Cómo pasa el tiempo!

Mme. PONT Las diez y cinco... (Ya me olvidaba de Roberto.) Voy á vestirme. (Vase.)

REY. ¡La recibió!

ESCENA VI

LA REYNETTE y PABLO DUBOIS

PAB. Confiesa, querido, que no has andado muy listo.

REY. ¡Y yo qué sabía! Ni cómo iba á figurarme que tendrías la idea...

PAB. A otra cosa. ¿La has visto?

REY. Si hubieras querido tomarte la molestia de esperarme, me hubieras prevenido.

PAB. (Molestado.) ¿Esperarte? ¡Pues si no he hecho otra cosa! ¡Si te he esperado toda la noche!

REY. Mejor hubieras hecho en esperarme esta mañana: porque yo no he vuelto de noche, si no esta mañana.

PAB. Después de que me he pasado la noche en claro y ennegreciéndome la sangre, mientras tú estabas divirtiéndote... En fin, no hablemos de ello. ¿La has visto?

REY. (Molestado.) ¡Divirtiéndome! ¡Conque divirtiéndome!

PAB. Si no, hubieras venido antes. Pero, ¿qué más da? ¿La has visto?

REY. ¡Hombre, me dan intenciones!... ¡Conque me divertía!...

PAB. ¡No grites! Pueden oirte.

REY. Ese es tu agradecimiento, ¡ese! ¡No! si eso es muy humano. Se sacrifica usted, arriesga usted su posición social por hacer un favor

á un amigo, pasa usted una noche abominable... y cuando vuelve...

PAB. Bueno. Me he equivocado.

REY. Y cuando vuelve usted...

PAB. Hombre, te digo que me he equivocado.

REY. Y cuando vuelve usted...

PAB. (Quedo, pero enérgico.) ¡Vuelve la hoja, que van tres!

REY. ¡Le reprochan amargamente que se ha divertido!

PAB. Reynette, te ruego...

REY. Sí; es muy humano.

PAB. Te suplico... Responde. ¿Has visto á Carmen?

REY. ¡Naturalmente! Como que he ido á eso, á verla.

PAB. ¿Y qué?

REY. Que está arreglado. Puedes dormir tranquilo. Nada tienes que temer.

PAB. ¿De veras?

REY. ¿Cómo quieres que te lo diga?

PAB. ¡Ah, querido La Reynette, tú eres un buen amigo! No puedo decirte cuánto te lo agradezco.

REY. Pero no me he divertido. Puedes creerlo.

PAB. Vamos. No vas ahora á guardarme rencor por una palabra un poco viva.

REY. No: nada de eso. (Le da la mano.)

PAB. Está bien. Y ahora cuéntame. Dame detalles. ¿Cómo te ha recibido?

REY. Con los brazos abiertos.

PAB. ¡Ella!

REY. ¡Ni más ni menos!

PAB. (Un poco humillado.) ¡Vaya usted á fiarse!...

REY. La cosa más natural del mundo. Llamo discretamente á la puerta; (Ademán de tocar con los nudillos.) la puerta se abre, una mujer me echa los brazos al cuello, y dice: «Pablo!... ¡Pablo!...» ¡Y me lo he ganado (Relamiéndose.) por equivocación!

PAB. ¿Y tú no has dicho nada?

REY. Cuando he podido. Pero ¡Cristo! ¡eso es querer! (Ademán de abrazar con fuerza.) En fin; cuando pude, le dije: «Señora, perdone usted...

Soy Saturnino La Reynette, juez suplente de este Juzgado, amigo y futuro cuñado de Pablo Dubois, que me ha rogado que viniese.»

PAB. Y estalló la bomba. La conozco.

REY. No. Cayó en un sofá y se echó á llorar. Yo, mientras tanto, la admiraba en silencio.

PAB. ¿Y después?

REY. ¡Porque es una maravilla, chico! ¡Qué belleza, qué gracia, qué carnes!

PAB. Bueno. Y cuando acabaste de admirarla...

REY. ¡No, hijo, si no acababa! Se había puesto para esperarte una *toilette* tan sugestiva... Un peinador azul, ligero ¡tenue! ¡y con un descote! y sobre el peinador caía como una cascada de oro su magnífica cabellera rubia...

PAB. Bueno. Y...

REY. Pues por fin levanta sus ojos húmedos por las lágrimas, los fija en mí, sonríe... y yo me arrojo á sus plantas.

PAB. ¡Cómo!

REY. Así. (Se pone de rodillas.)

PAB. No; digo que para qué.

REY. Para pedirle perdón por haberme encargado de una misión tan penosa, tan desagradable. Le digo que vas á casarte, que ya no la quieres, que te niegas á verla, que debe resignarse, etc., etc.

PAB. ¿Y qué dijo?

REY. ¡Ay, amigo mío!

PAB. ¿Más lágrimas? La conozco.

REY. ¡Una cólera espantosa!

PAB. Rompería algunos muebles.

REY. Casi todos.

PAB. Como siempre.

REY. Armó tal escándalo, que subió el camarero. Le tranquilicé diciéndole que todo quedaría pagado.

PAB. Y por fin... ¿se calmó?

REY. Se calmó y nos sentamos los dos en una silla...

PAB. ¡Hombre!

REY. La única que quedaba. Entonces, queriendo

enriquecer mi caudal de observaciones, le pedí permiso para estudiar su cráneo.

PAB. ¿Qué?

REY. A lo cual accedió ella amablemente, y apenas había posado mi mano temblorosa sobre sus cabellos, ¡pan! ¡pan! llaman á la puerta: el comisario de policía.

PAB. ¡El comisario!

REY. Le conocí en el vozarrón con que gritaba: «¡Abrid en nombre de la ley!»

PAB. Pero ¿á cuento de qué...?

REY. Tú te habías callado que Carmen es casada

PAB. ¡Casada! Te juro que no sabía una palabra.

REY. Bueno. Pues hazte cargo del *delicado obsequio* que se me venía encima.

PAB. Es verdad, Reynette; yo no pude prever....

REY. Figúrate á Saturnino La Reynette, juez suplente, sorprendido por un marido en el cuarto de una fonda y llevado ante los tribunales...

PAB. ¿Y qué habéis hecho?

REY. Un «sálvese quien pueda»; Carmen por la izquierda, yo por la derecha, gracias á que no estaban condenadas las puertas de comunicación con los cuartos vecinos. Me encerré con llave y cerrojo, te maldije hasta la cuarta generación, me desnudé y me acosté á tientas. ¡Valiente noche he pasado, arrollado en una simple cubierta como la serpiente del Jardín de Plantas; porque como la habitación estaba desocupada, la cama no tenía sábanas ni mantas.. Y á eso de las seis, reventado de dar vueltas, me dormí como un plomo.

PAB. ¡Pobre amigo!

REY. ¡Para que veas si me he divertido! En fin, lo principal... Porque no creo que Carmen haya hecho la farsa de denunciarme... Su marido se la llevará á París y tú quedarás libre de ella.

PONT (Dentro.) ¡Julia! (Entra por la segunda derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, PONT-BIQUET y MADAME PONT-BIQUET

PAB. (Bajo á Reynette.) ¡Silencio!... El suegro... Ten cuidado.

PONT ¿Dónde se ha metido esa chica?

REY. ¡Anda! Y ahora mi suegra que va á dar su paseito por el boulevar.

(Madame Pont-Biquet por la primera derecha en traje de calle y con un pañuelo en la mano.)

Mme. PONT (A su marido.) ¿Todavía no te has marchado?

PONT ¡Oh! sin despedirme de tí... Además, tengo tiempo. La cita en la estación es á las once y diez minutos. Faltan tres cuartos de hora.

REY. (A Pablo.) Mira, mira: lleva el pañuelo.

PONT (A su mujer.) ¿Vas á salir?

Mme. PONT Por lo visto... (Vase por la puerta del jardín.)

PONT ¡Mujer encantadora! (Transición.) ¡Un poco seca!

ESCENA VIII

DICHOS, MATILDE y un CAMARERO

MAT. (Con un papel en la mano.—Al Camarero.) Pase usted. (Entra el Camarero.)

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Ah, el camarero!

PAB. (Idem á Reynette.) ¿Qué camarero?

REY. El del hotel.

PAB. ¡Demonio!

MAT. ¿Qué factura es ésta, Saturnino?

REY. ¿Una factura? No sé, hijita. ¿Qué factura?

MAT. Mil ochocientos ochenta y tres francos de muebles.

PONT ¿Has comprado muebles?

REY. (Vivamente.) ¡No!... ¡No es para mí!... No he encargado muebles...

MAT. Muebles rotos.

REY. Tampoco he encargado muebles rotos.

MAT. De manera que no sabes...

REY. Ni una palabra. Es una equivocación.

CAM. Perdone el señor...

REY. Le digo á usted que es una equivocación.

CAM. Pero...

REY. ¡Qué pero ni qué manzana! No hay pero que valga. Yo sé lo que me digo. (Al Camarero á media voz.) ¡Imbécil!

MAT. Deja al muchacho que se explique.

PONT Si hablais los dos á la vez...

REY. ¿Cómo quiere usted que explique una cosa que no existe?

PAB. ¡Ah! ¡ya sé lo que es! Esos muebles son sin duda para madame Pont-Biquet.

PONT ¿Para mi mujer?

PAB. Sí; es aficionada á antigüedades, muebles viejos, butacas rotas, cómodas carcomidas...

REY. Sí; tienes razón. Eso debe ser.

PONT Es posible. Pero mil ochocientos francos...

MAT. (Al Camarero.) ¿De qué son esos muebles?

CAM. De pino, señora.

REY. ¡Justo! De pino antiguo. Pino Luis XI, Luis XII, Luis XIII. (Al Camarero.) Bueno: cuando vuelva mi suegra...

MAT. (Al Camarero.) ¿Quién es el que...?

REY. (A Matilde.) No entretengas al camarero.

MAT. ¿Por qué?

REY. ¿No hueles? Huele á calentura. Nos está infestando.

PAB. Es verdad.

MAT. No huelo nada. (Otra cosa es lo que me está dando en la nariz.) (Al Camarero.) ¿Quién le envía á usted?

CAM. Mi patrón Monsieur Bodin, el dueño del Hotel de Inglaterra.

PAB. (¡María Santísima de los Desposorios!)

PONT ¿Es que vende los muebles Monsieur Bodin?

REY. ¡Monsieur Bodin! ¿Es Monsieur Bodin? ¡Acabáramos! Si hubiera usted empezado por ahí... Bueno: yo iré á verle. Vaya usted con Dios...

CAM. Está bien, señor. (Va á marcharse.)

MAT. Pero, ¿se puede saber qué muebles son estos?

CAM. Son los muebles que ha roto esta noche pasada una señora.

PAB. (¡Patatrás!)

MAT. ¿Una señora?

PONT ¿Qué señora es esa?

REY. ¡Vamos! ¿Estais viendo? Ahora salimos con que es una señora quien los ha roto. No he sido yo. Cuando yo decía que esto era una equivocación...

MAT. Entonces, ¿por qué viene usted á reclamar al señor Reynette?

CAM. Porque este caballero dijo que él lo pagaría todo.

MAT. ¿Cómo?

REY. ¡Yo! ¡Yo he dicho que...! ¡Pero este hombre está loco!

CAM. (Perdiendo la paciencia.) ¡No, señor! ¡No estoy loco! Si el señor es flaco de memoria...

REY. ¡Insolente!

CAM. (Ahora me las vas á pagar.)

REY. ¡Flaco de memoria!...

CAM. Yo digo lo que he oído...

REY. (Interrumpiéndole.) ¡Callese usted! ¡Flaco de memoria! ¿Por qué no dice usted ya que estoy podrido?

CAM. Cuando esta noche pasada sentí el escándalo, entré en la habitación; el caballero (Por Reynette.) estaba arrodillado delante de una señora.

MAT. ¡Ah! ¿Conque estaba usted á los pies de una señora?

CAM. La señora del número doce.

REY. Es verdad. Ahora lo recuerdo. Y van ustedes á comprender la cosa que no puede ser más natural. Estaba yo acostado. Yo dormía al lado de la señora.

MAT. ¡Al lado de la señora!

REY. ¡Cuidado! ¡cuidado! Ella estaba en el doce, yo en el catorce. De manera que estaba acostado (Recalcando) en mi cuarto, al lado del cuarto de la señora... ¡Había un muro! De pronto me han despertado los gritos, unos gritos terribles, un ruido espantoso. He saltado de la cama, he acudido en auxilio de la víctima...

PONT ¿Una víctima?

MAT. ¿Qué víctima era esa?

REY. La señora; la señora del doce.

PAB. ¿Creiste que la asesinaban?

REY. Exactamente.

PONT ¡Muy bien, Reynette, muy bien!

REY. Y me encuentro con que no era nada de lo que había pensado. Era una loca, una loca furiosa.

PAB. (¡Verdad!)

REY. La había emprendido con los muebles...

MAT. ¿Y por eso te echaste á sus pies?

REY. Naturalmente. Para aquietarla por medio de ruegos. Con los locos es peor la violencia; porque les exaspera.

PONT Cierto.

REY. Por eso me eché á sus pies. Entonces fué cuando entró este camarero...

CAM. Y el señor me dijo:—¡Vaya usted al demonio! Déjenos usted. ¡Ya se pagará todo!

REY. Sí... eso es... me acuerdo... así lo he dicho. Pero decir «se pagará», no es decir que pagaría yo. No he dicho «lo pagaré»; he dicho «se pagará», lo cual es distinto.

PAB. (¡Es igual: lo está pagando!)

REY. Yo quería decir: «Pagará esta señora... ó su marido... ó... su señora madre.» Me es igual. A mí, ¿qué? Yo, no: ni entro ni salgo.

PONT Es evidente.

CAM. El marido ha dicho que él no paga nada, porque cuando él llegó ya estaba todo roto, como vió el señor comisario.

MAT. ¿El comisario?

PONT ¿El comisario de policía?

REY. Sí, señor; el marido había ido á buscar al comisario de policía para que encerraran á su mujer en un manicomio.

CAM. No señor; no era eso.

PONT ¿Pues qué era?

CAM. El marido fué con el comisario para sorprender el *fraguante delito.*

MAT. ¿Cómo?

PONT No lo entiendo.

REY. (A Pont-Biquet.) ¡Caramba! ¡los muebles rotos! No podía negarlo. El delito era flagrante. ¿No llama usted á eso un delito flagrante?

PONT Sin embargo...

MAT. (A La Reynette.) ¿Usted ha visto al comisario?

REY. No: no le he visto. Había vuelto á acostarme al lado de la señora.

MAT. ¿Otra vez?

REY. Al catorce; al lado del doce. Pero hay un muro. Sin embargo, lo he oido todo. ¡Son tan delgados los tabiques!

MAT. (Al Camarero.) Diga usted al señor Bodin que iremos por allí.

CAM. Está bien, señora. (¡Para que te metas otra vez conmigo!) (Vase.)

REY. ¡Ay, Matildita, qué noche!

MAT. Sí; ya veo que ha sido... emocionante.

REY. ¡Oh, sí!

MAT. Y que por lo pronto ya sé lo que debo pensar de todo esto.

REY. Naturalmente; puesto que te he dicho toda la verdad, nada más que la verdad. Es mi sistema; decir siempre...

MAT. (Estallando.) La verdad, caballero, es que esta noche pasada no estaba usted solo en el Hotel de Inglaterra.

REY. ¿Qué?

MAT. Y que la escena ha sido interrumpida por la llegada del marido, escoltado por el comisario de policía.

PONT ¡Hola!

REY. ¡Qué estás diciendo, Matilde! Yo te juro...

JULIA (Por la segunda derecha.) El señor Dagoberto pregunta si el señor puede recibirle.

PONT Sí, que pase: (Vase Julia.) él nos lo explicará todo.

REY. ¿Cómo?

PONT Porque este Dagoberto es precisamente el marido, que ha debido sorprender esta noche á su mujer en el Hotel de Inglaterra.

PAB. (¡El marido de Carmen!)

REY. (¡Este viene á rematarme!... Carmen le habrá dado mi nombre, y... ya no me falta más que una cuerda al cuello.) (Se deja caer en una silla.)

MAT. Parece que se turba usted, amigo mío.

REY. ¡Yo! ¿A cuento de qué?

JULIA (Desde la puerta.) ¡El señor Dagoberto!

(Entra Dagoberto. Vase Julia.)

ESCENA IX

DICHOS y DAGOBERTO

DAG. (A Pont-Biquet.) Señor Pont-Bi... (Al ver á los demás.) ¡Ah! Perdone usted que...

PONT Estamos en familia. (Presentando.) Mi hija... Mi yerno... Y mi futuro yerno.

DAG. (Saludando.) Señora... señores...

MAT. Dispense usted... ¿Es usted de veras el marido?

REY. (Como reprendiéndola.) ¡Vamos! ¡Matilde!

DAG. (Admirado.) ¿El marido?

MAT. ¿De la señora sorprendida esta noche en el Hotel de Inglaterra?

DAG. (Contrariado.) ¡Ah! ¿ya se sabe? Es molesto... dada mi posición... es muy molesto. Sí, señora; yo soy el marido. ¡Y es molesto, muy molesto!

PONT ¿Tuvo éxito la expedición con el comisario de Policía?

DAG. Un éxito completo. Ya sé quién es el hombre á quien mi mujer viene á buscar en este pueblo.

PAB. (¡Vaya! ¡Carmen le ha dicho que soy yo!)

DAG. Sí señor; ya sé quién es el hombre á quien ha recibido mi mujer esta noche en su cuarto.

REY. (¡Vaya! ¡Me ha denunciado!)

DAG. Verdaderamente es una cosa increíble. Me siento humillado. ¡Un rústico, señor Pont-Biquet; un pedazo de bruto!

REY. (Entonces no soy yo.)

DAG. ¡Un simple!

PAB. (Respiro. No soy yo.)

DAG. En fin, un campesino.

PAB. (¿Qué dice?)

REY. (¿Un campesino?)

MAT. ¿Está usted seguro?

REY. Sí señora; un patán llamado Bouzu... Blas Bouzu.

REY. (¡Bouzu!)

DAG. (A Matilde.) ¿Usted no le conoce?

MAT. No señor. (A Dagoberto, para retirarse.) Caballero...

DAG. Señora...

REY. (Acompañándola hasta la puerta.) Vamos, ¿qué vas á hacer ahora de tus sospechas, de tu injusticia?

MAT. ¡Oh! Esto no está claro todavía. ¡Ya hablaremos! (Vase.)

ESCENA X

LA REYNETTE, PONT-BIQUET, PABLO y DAGOBERTO. Después JULIA

PONT (A Dagoberto.) Ahora que estamos solo hombres, puede usted hablar con entera libertad. ¿Sorprendió usted á la bella *miss* Carmen?

DAG. ¡Ah, sí! Sorprendimos á esa desgraciada. ¡Y en qué traje!

PONT ¿Estaba... ligerita?

DAG. Un peinador.

REY. (Aturdidamente.) ¡Azul!

DAG. (Sorprendido.) Efectivamente.

PAB. (Bajo á Reynette.) ¡Charlatán!

PONT ¿Cómo lo sabes?

REY. No: si es que pregunto. Como están en moda.

PONT ¿Y qué dijo ella al verle á usted?

DAG. Nada. Ni una palabra. Cuando llamamos á la puerta no contestó nadie.

REY (¡Claro!)

DAG. Solamente oímos que corrían por la habitación. Se oían pasos de hombre y pasos de mujer. Después, ¡nada! Forzamos la puerta; entramos; ¡nadie!

PONT ¿Habían huído?

REY (¡No que no!)

DAG. ¿Se habían refugiado en el cuarto de él, que estaba al lado.

REY. (El de la izquierda.)

DAG. Tomamos una luz, penetramos en aquella habitación y la vemos á ella sentada en una butaca y á él en la cama fingiendo que dormía.

REY (A Pablo.) ¡Canastos! ¡Un viajero!

DAG. El comisario interroga á mi mujer, que, sin hablar palabra, nos vuelve la espalda y se mete otra vez en su cuarto.

REY. (¡Brava chica!)

DAG. Entonces interroga al amante que nos contesta con un ronquido. El comisario vuelve á preguntarle y le advierte que el fingimiento no le servirá de nada y entonces nos contesta con dos ronquidos. Se le zarandea violentamente y entonces se levanta como asustado, abriendo mucho los ojos y gritando, «¡ladrones!» «¡asesinos!», y le da al comisario una serie de puñetazos que ni un martilló-pilón. El comisario hizo que los agentes lo ataran codo con codo y se lo llevaran á la cárcel, donde habrá pasado la noche.

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Pobre Blas!

PAB. (Idem á Reynette.) Es un mala sombra.

DAG. Y así han pasado las cosas. Ahora deseaba preguntar á usted si todavía puede ser necesaria mi presencia; porque quisiera tomar el tren de las cinco para volver á París...

JULIA Señor.

PONT ¿Qué hay?

JULIA El señor Blas Bouzu.

PONT ¡Bouzu!

DAG. Es él, el amigo de mi mujer.

REY (Bajo á Pablo.) La inocente víctima.

JULIA Dice que viene de parte del comisario.

PONT Que pase. (Sale Julia. A Dagoberto.) Voy á proceder á un interrogatorio ligero y usted podrá volver á París esta misma noche.

REY. (Bajo á Pablo.) Me inspira compasión.

PAB. (Idem á Reynette.) ¡Qué remedio! ¡Es la fatalidad!

REY. Sí; pero yo no puedo consentir que le condenen. Eso sería abominable. Ya es bastante que haya pasado la noche en un calabozo.

PAB. Una parte de la noche. No toda.

REY. Mi deber es proclamar aquí mismo su inocencia en alta voz. Es mi deber.

PAB. ¿Estás loco?

REY. No lo cumpliré... pero es mi deber.

ESCENA XI

DICHOS y BOUZU, tipo de campesino un poco bobalicón. Blusa encima del traje; sombrero redondo y paraguas

BOU. ¿Hay permiso?

PONT (Secamente.) Entre usted.

BOU. (Sin despegarse de la puerta.) Tengan ustés buenos días.

REY. (Yendo hacia él.) Pase usted, señor Bouzu; no tenga usted miedo.

BOU. Usté tié buenas entrañas.

REY. Y siéntese usted. (Le ofrece una silla.)

BOU. ¡Ay, sí señor! Estoy tan cansao... me fallan las piernas! ¡Es un hecho!

REY. ¡Pobre hombre! (Dándole una butaca.) ¡No! Espere usted... Aquí estará usted mejor.

BOU. Es usted muy amable.

REY. (Tomándole el paraguas y el sombrero.) Traiga usted.

PONT ¡Pero hombre! ¡cuántas atenciones!

REY. La justicia no está reñida con la humanidad. (Coloca en un rincón el sombrero y el paraguas.)

DAG. ¡Y este es el orangután que prefiere Carmen! Lo confieso; echo de menos el gigante...

BOU. (Venir á la feria para vender una vaca y dormir en la cárcel. ¡Aaaah! (Llora.)

DAG. (A Pont-Biquet.) ¿Qué le parece á usted?

PONT Bastante feo.

DAG. ¿Verdad? ¿Usted se explica que Carmen?...

PONT ¡Sí! Precisamente por el afán de lo raro... ¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre y apellidos y los de su señora? (Escribe.)

BOU. ¡Redios! (Bufando y dándose un puñetazo en la rodilla.) ¡Redios!

REY. (A Pablo.) Está que bufa.

PAB. ¡Vamos, Bouzu, ánimo! ¡cálmese usted!

BOU. ¡Ah, señor! ¡si usted supiera! En mi vida me ha pasao otra cosa como éstá!

PAB. ¡Qué! ¡eso no vale nada!

BOU. ¡He pasao la noche en la cárcel!

PAB ¡No, hombre! En la prevención. No es lo mismo.

REY. Eso le pasa á cualquiera. Mire usted, á nosotras dos nss ha ocurrido más de una vez.

BOU. No me han dejado probar bocao. Desde ayer tarde estoy en ayunas,

REY. ¡Qué barbaridad! (A Pablo.) Vé á la cocina: allí debe haber caldo. (Vase Pablo por la segunda derecha.)

PONT (Acabando de escribir. A Dagoberto.) Muchas gracias. ¡Levántese usted, Bouzu! ¡Y nada de comedia, eh? Es inútil.

REY. (Bajo á Bouzu.) Levántese usted, querido Bouzu, y no tenga usted miedo.

BOU. Pero si yo no tengo miedo.

PONT ¿Es el comisario el que le ha dicho á usted que venga?

BOU. Sí, señor. El Comisario ha mandao que me suelten esta mañana y yo le he dicho que no entendía una palabra de este negocio. Y él me ha dicho que eso ya no era cuenta suya; que era cosa del juez de instrucción.

PONT En efecto. Y el asunto de usted es grave, ¡muy grave!

BOU. Pero, ¿qué asunto es ese?

PONT (Enfadándose.) Créame usted, Bouzu, y no se haga usted el tonto, porque á mí no me engaña usted. Se lo advierto.

REY. (En plena escuela antigua. A él no le engaña nadie.)

BOU. ¡Pero si yo no me hago el tonto! Es un hecho. Hoy es la feria de San Remo, y yo me dije la semana pasada: «Pues el dinero me hace falta; no hay más remedio que ir á la ciudá á vender...»

PONT ¿Dónde vive usted?

BOU. Yo soy de Belou, á tres leguas de aquí. Y me dige...

PONT ¿Por qué ha venido usted á este pueblo?

BOU. Justamente iba á decírselo á usté. He venido por mor de la *Rojales*.

DAG. (Levantándose.) ¡Insolente!

PONT (A Dagoberto.) ¿Es rubia miss Carmen?

DAG. ¡Sí; y éste hombre toma á burla su delito y el de mi mujer!

BOU. ¡Una mujer! ¿qué mujer?

PONT La mujer de este señor que ha sido sorprendida esta noche en su cuarto de usted.

BOU. ¡Una mujer en mi cuarto!

PONT Carmen... Miss Carmen... La señora Dagoberto... ¿Niega usted? ¿Se atreve usted á negar?

DAG. ¡Qué cinismo!

PONT No tenga usted cuidado. Yo lo pondré más suave que un guante.

BOU. Pues claro que lo niego. Si yo he venido á la feria.

REY. (¡Así se fabrican los infundios judiciales!)

PONT En fin; ¿qué hacía usted en el Hotel?

BOU. Estaba durmiendo. De pronto va y me despierta un señor gordo ¡que me dió un miedo!... Es un hecho. Y yo, creyendo que era un ladrón, comencé á aporrearlo. Luego salimos con que era el comisario de policía.

PAB. (Con una taza) Aquí está el caldo.

REY. Dame. (Toma la taza y se la da á Bouzu.) Tome usted, Bouzu.

BOU. Usté tiene buenas entrañas. (Bebe.)

PONT ¿Le estás dando caldo?

REY. Está sin tomar nada desde ayer.

PONT Ya para lo que falta, invítale á almorzar.

REY. (A Bouzu.) Mi suegro le invita á usted á almorzar.

PONT ¿Burlas, ahora?

REY. La justicia no está reñida con la humanidad.

BOU. (Devolviéndole la taza.) ¡Gracias! ¡qué rico está!

PONT ¿De manera, Bouzu, que usted no sabe nada? ¿Usted no ha visto nada ni ha oido nada? ¡Qué tontería! Usted, que es un hombre joven todavía, se aloja al lado de una mujer

hermosa, encantadora, apetecible y cubierta con un traje ligero... ¿y duerme usted? Rompen los muebles en el cuarto de al lado... ¡y usted duerme! Entran en su cuarto de usted, hablan, gritan, le llaman... ¡y usted duerme!

DAG. ¡Qué había de dormir!

PONT ¡Vamos! El sueño, cuando es natural, no es tan profundo. Todo le acusa á usted, Bouzu y ese sistema de encerrarse en la negativa es lamentable. En fin; el tribunal apreciará los hechos. (Habla con Dagoberto.)

BOU. ¿Qué es eso del tribunal?

REY. (Bajo á Pablo.) ¡No! No puedo hacer traición por más tiempo á este infeliz. Mi conciencia no lo sufre.

PAB. Entonces, estamos perdidos! (Ladridos dentro.)

REY. (Vivamente.) ¡Estamos salvados! ¡La caza!

PAB. ¿Cómo?

REY. Papá; se le va usted el santo al cielo.

PONT ¿Por qué?

REY. Porque va usted á perder el tren.

PONT ¡Demonio! Es verdad... Mi partida de caza. Ya se me olvidaba. (A Dagoberto.) Quedamos en eso; yo apresuraré el asunto todo lo que pueda. Ahora me voy por unos días, pero mi yerno comenzará el sumario.

REY. Lo empezaré hoy mismo.

PONT Dispénseme usted... Pero tengo el tiempo justo.

DAG. Muchas gracias y hasta la vista.

PONT Antes de la vista tendrá usted que declarar.

DAG. No; si digo...

PONT ¡Ah, sí! Perdone usted. Tiene... (Tropieza con el quicio de la puerta.) gracia. ¡Adiós! (Vase.)

REY. Bien; pues quedan ustedes citados para las dos de la tarde en mi despacho de Palacio de Justicia.

DAG. ¡A las dos! Sí; tendré tiempo. (Saludando.) ¡Señores!... (Por Bonzu.) ¡Mi rival! ¡Es grotesco! (Vase.)

REY. Bueno, amigo Bouzu: usted también irá al Palacio de Justicia. ¡A las dos! (A Pablo.) Dale su sombrero y su paraguas. Y no tenga usted cuidado: todo se arreglará.

BOU. ¿Cree usted que se arreglará? ¿Y la *Rojales*? ¿Qué voy á hacer con ella? Ya, á esta hora, se ha cerrado la feria. Y yo necesitaba el dinero. Son cuatrocientos francos que pierdo.

REY. ¿La vaca? Mi amigo Pablo la compra.

PAB. ¡Yo!

REY. Sí, tú.

BOU. ¿De verdá?

REY. Dale cuatrocientos francos á Bouzu.

PAB. ¡Vaya una broma!

REY. Dale cuatrocientos francos.

BOU. ¡Y bien puede usté decir que hace un buen negocio!

REY. (Bajo á Pablo.) Tú tienes la culpa de todo. Es lo menos que puedes hacer por este buen hombre.

PAB. (Dando billetes á Bouzu.) En fin... ¡sea! Aquí están los cuatrocientos francos. ¿Y qué hago yo con la vaca?

REY. Se la regalas á mi suegra. La pondremos á dieta láctea y eso la calmará. Adiós, Bouzu, hasta las dos.

BOU. Sí, sí; hasta luego.

REY. ¡Ah! ¿fuma usted puro?

BOU. Alguna vez... ¡Es tan caro!

REY. Tenga usted; llévese usted esto. (Le da la caja.)

BOU. ¡Oh! es demasiado...

REY. Tome usted. Son de mi suegro. Tengo yo gusto en ello.

BOU. Muchas gracias. (He sido un bestia: debía haber pedido quinientos francos.) (Vase.)

REY. ¡Vamos!... Todo se va arreglando.

PAB. (Alarmado.) ¿Te queda algo que arreglar?

REY. Poca cosa. No estando aquí mi suegro, soy el amo del cotarro. Y voy á hacer las cosas á mi gusto.

PAB. Lo primero es que me desembaraces de ese Dagoberto.

REY. Pierde cuidado.

PAB. ¿De veras?

REY. A las dos procedo á un simulacro de interrogatorio; y á las tres, he largado un sobre-

seimiento como una casa. Y se acabó. Realmente es cómodo el poder discrecional.

(Madame Pont-Biquet por la segunda izquierda, furiosa y con una carta en la mano, avanza lentamente sin ser vista.)

ESCENA XII

LA REYNETTE, PABLO y MADAME PONT-BIQUET

Mme. PONT (Aquí están los dos.)

PAB. ¿Y todo esto podrá quedar en el mayor secreto?

REY. Nadie sabrá una palabra.

PAB. ¿Ni aun madame Pont-Biquet? ¿La austera madame Pont-Biquet?

REY. ¿La señora y cuartillo?

Mme. PONT (¿Eh?)

REY. Se quedará en ayunas como todo el mundo.

Mme. PONT (Mostrándose.) Pues están ustedes equivocados.

PAB. ¡Ella!

REY. (Furioso.) ¡Mi suegra!

Mme. PONT (A Pablo.) Ruego á usted, caballero, que me explique esta carta que acabo de encontrar en el buzón de la puerta.

PAB. ¿Una carta?

Mme. PONT Firmada por «Carmen».

PAB. ¡Ha escrito!

REY. (Furioso.) ¡Otra historia! ¡Pero no acabaremos nunca!

Mme. PONT ¿Está usted en relaciones con esa mujer?

PAB. (Vacilando.) ¡Yo, no!... Es decir... Estuve; pero...

Mme. PONT ¿Y tiene usted la audacia de querer casarse con mi hija?

REY. Perdone usted, ¡mamá!... Pablo...

Mme. PONT En cuanto á usted, señor mío, ya sé á qué atenerme respecto de su calaverada de esta noche.

REY. ¡Mi calaverada!

Mme. PONT Sí, señor; usted ha ido á ver á esa mujer, á rogarla, á suplicarla, ¡quizás á seducirla!

REY. ¿También dice eso?
Mme. PONT Sí, señor.
REY. ¡No puedo más! ¡ea! ¡no puedo más!
PAB. La verdad, señora, es que Reynette ha ido por empeño mío...
Mme. PONT Eso que se lo explique á su mujer.
REY. ¡Mi mujer! Supongo que no irá usted á contarle...
Mme. PONT De pe á pa.
REY. ¿Sí, eh? ¡Tenga usted cuidado!
Mme. PONT ¿Me amenaza usted? (Se dirige hacia la segunda derecha.)
REY. ¿Adónde va usted?
Mme. PONT A enseñar esta carta á mi marido y á pedirle que rompa toda relación con este caballero. (Por Pablo.)
REY. (Exaltado.) ¡No irá usted!
Mme. PONT ¿Que no iré?
PAB. Es inútil, señora; yo me retiro.
REY. Tú (A Pablo.) me vas á hacer el favor de no moverte de aquí. (A madame Pont-Biquet.) Deme usted esa carta.
Mme. PONT ¡Corriendo! ¡Ja, ja!
REY. ¡Deme usted esa carta! (Se oyen ladridos dentro.)
Mme. PONT ¡Mi marido! ¡A él es á quien voy á darla!
REY. ¿Sí, eh? ¡La desafío á usted á que lo haga!
Mme. PONT ¡Usted!
REY. ¡Yo! Si le dice usted una sola palabra, si hace usted un solo gesto, la meto á usted siete estados bajo tierra.
Mme. PONT Va usted á ver el caso que hago de sus amenazas. (Se dirige á Pont-Biquet que entra en traje de caza.)

ESCENA XIII

DICHOS, PONT-BIQUET y TOUPANCE

PAB. (¡Estoy perdido!)
Mme. PONT ¡Señor Pont-Biquet!...
REY. (Con voz fuerte.) ¡Roberto!...
Mme. PONT ¡Ah!...
PONT ¿Qué hay?

PAB. (¡Buena idea!)

Mme. PONT Hay que...

REY. ¡Roberto!..

Mme. PONT (Esconde ta carta, llevando la mano á la espalda.) ¡Dios mío!

PAB. (¿Retrocede?)

PONT ¿Es á mí á quien llamas Roberto?

REY. (Riendo.) ¡No, no!

PONT Pues, ¿á quién?

REY. Es que cantábamos. Estábamos cantando la cavatina de Roberto el Diablo en que tanto se lucía la mamá. (Cantando.)

¡Roberto! ¡oh, tú che adoro

PONT ¡Ah, sí! (Cantando.)

e cui donai mía fe!

TOU. (Por la segunda derecha cantando.)

¡Deh! mira il mío terror!

¡Ah, *per te*...! (Hace guiños á madame Pont-Biquet.)

PONT ¡Calla! ¡Toupance! Llega usted á tiempo. Me voy por unos días.

TOU. (¡Buen viaje!)

PONT Durante mi ausencia se entiende usted para todo con La Reynette, que me sustituye como de costumbre.

TOU. Perfectamente. (Por madame Pont-Biquet.) (¡No me mira!) (Alto.) ¡Ejem! ¡ejem!

Mme. PONT (¡Y me ha de poner el pie en el cuello! ¡Oh!...)

TOU. (Bajo á madame Pon Biquet.) Se marcha. A las dos, la espero á usted en mi despacho del Palacio de Justicia. Estaremos solos.

Mme. PONT (¿Qué dice este imbécil?)

TOU. (A Pont-Biquet.) Le acompaño á usted á la estación.

PONT Muchas gracias. ¿Viene usted, Pablo?

PAB. Con mucho gusto.

REY. Yo voy también...

PONT ¡Muy bien! ¡En marcha! ¡Adiós, Ursula! ¡Hasta el domingo!

Mme. PONT (¡No! ¡qué humillación! ¡A mí no me hace bajar la cabeza!) (Va hacia Pont-Biquet volviendo á mostrar la carta.) Amigo mío...

REY. (Arrebatándole la carta.) ¡Perdone usted!...

Mme. PONT (Furiosa.) ¡Caballero!...

REY. (Amenazándola.) ¡Roberto!...

PAB. (Lo mismo.) ¡Roberto!...
Mme. PONT (¡Este también!)
PONT } (Cantando.)
TOU } *¡Oh, tú che adoro...*
REY. } (Lo mismo.)
PONT } *e cui donai mía fe!*
TOU. }
Mme. PONT ¡Esto es horrible! ¿Cómo lo han sabido? ¡Roberto!... (Furiosa.) ¡Y yo soy la única que no le conoce!
REY. } (Reaparecen amenazadores y cantando con voz te-
PAB. } rrible.)
¡Abbi pietá di te!
(Madame Pont-Biquet, aterrada, cae en una butaca. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho del juez de instrucción en el Palacio de Justicia. Puerta al foro y laterales en primero y tercer término. Entre ellas y al fondo, estantes con legajos. A la izquierda, mesa pequeña para el escribano; á la derecha otra mayor para el juez: sobre ambas, papeles, libros y legajos. En medio de la escena un banquillo. Sillas en sitio conveniente: una á cada lado de la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA

TOUPANCE; después LA REYNETTE

Toupance entra por el foro con una enorme cartera de escribano bajo el brazo, y la coloca sobre la mesa de la derecha. Viene muy peinado, afeitado y vestido con coquetería y con una rosa en el ojal de la solapa

TOU. Las dos menos cuarto... Madame Pont-Biquet me parece que no se hará esperar mucho tiempo. Pongamos la mesa. (Mientras habla, saca de la cartera una botella, pasteles, frutas, flores, mantel, servilleta, vasos, etc., que va disponiendo sobre la mesa del juez.) Ha sido una idea feliz darle esta cita... ¡Su marido está fuera! ¡No hay trabajo! Aquí estaremos solitos, sin temor á que vengan á importunarnos... ¡Demonio! ¡Reynette!

REY. (Por la segunda derecha.) ¡Toupance!... ¡Canastos! ¡Qué elegancia! ¡Qué coquetón!... ¡Calla,

un cubierto! ¿Es de usted esta merienda? ¿Es de usted?

TOU. (Confuso.) Sí... efectivamente... es mía.

REY. (Oliendo y mirando el bouquet.) ¿Espera usted á alguien? ¿Espera usted á una mujer? ¿Da usted citas en el santuario de la Justicia?

TOU. (Como antes.) ¡Ca, nada de eso! Es que... al volver de la estación, después de despedir á M. Pont-Biquet, he tenido una disputa con mi mujer y no he podido pasar el almuerzo. Me vine aquí, y en el camino compré algunas cosillas...

REY. (Con intención.) Y flores...

TOU. Y flores, sí... Un *bouquet*... Se lo daré á mi mujer cuando vuelva á casa... Será el bouquet de la reconciliación.

REY. Bueno. De todos modos hágame usted el favor de trasladar á otra parte estas provisiones.

TOU. Sí, sí. En seguida. (Lo hace. Pablo entra por el foro.)

REY. ¡Ah! Te esperaba. Toupance, permítanos usted un momento; pero no se marche usted, porque le voy á necesitar muy pronto.

TOU. Bien. (No me faltaba más que eso: trabajar. Voy á esperarla en el pasillo.) (Mutis primera izquierda, llevándose los víveres.)

ESCENA II

LA REYNETTE y PABLO

PAB. ¿Por qué no has almorzado en casa?

REY. ¡Hombre, por prudencia! Para evitar explicaciones. No quiero ver á mi mujer ni á mi suegra hasta que pasen unas cuantas horas y haya desaparecido todo peligro. ¿Qué han dicho porque no he ido?

PAB. Nada. La pobre madame Pont-Biquet no se ha atrevido á presentarse en el comedor. Ha almorzado en su cuarto.

REY. ¡Hola! Se oculta. ¿Y Matilde?

PAB. Tu mujer no ha dicho ni una palabra du-

rante todo el almuerzo. Gracias á que Gabriela estaba de buen humor y ella sola reía y hablaba como una cotorra. Y tú, ¿dónde has almorzado?

REY. En el Hotel de Inglaterra.

PAB. ¡Ah! Me alegro. Supongo...

REY. Sí: ya está todo arreglado.

PAB. ¡Bravísimo!

REY. No te costará más que mil ochocientos francos.

PAB. ¿Qué? ¿Tengo que pagar?...

REY. Como no hayas pensado que pague yo...

PAB. Cuatrocientos francos de la vaca. Ahora mil ochocientos francos de muebles...

REY. A cambio de verte libre de Carmen. No es caro. Y ten en cuenta...

(Dagoberto por el foro.)

PAB. (En voz baja.) ¡Chist! ¡El marido!

REY. ¡Ah! Imítame.

ESCENA III

DICHOS y DAGOBERTO

DAG. (Saludando.) ¡Señores!...

PAB. ¡Caballero!...

REY. (Con efusión.) Querido señor Dagoberto. Tengo á verdadera honra estrechar á usted su mano. (Señas de inteligencia á Pablo.) Ni mi amigo Pablo ni yo sabíamos esta mañana á quién teníamos el honor de hablar.

PAB. (¡Ah, ya!) Sí; estábamos lejos de sospechar que una celebridad parisiense...

DAG. ¡Es usted muy amable!

REY. Un artista eminente...

DAG. ¡Muchas gracias!

PAB. Por fortuna, monsieur Pont-Biquet, antes de marcharse nos ha dicho de usted...

REY. Yo, la verdad, hubiera tenido un disgusto si no hubiera sabido á tiempo...

DAG. ¡Señores, por Dios! ..

REY. ¿De manera que es usted el que está sumergido en el agua cuatro minutos?...

DAG. ¡Cinco! ¡Cinco y medio!

REY. (Con entusiasmo.) ¡Cinco y medio, Pablo! ¡Cinco y medio!

PAB. ¡Valiente pez!

REY (A Pablo.) Durante los cuales monda una manzana, se come una zanahoria, fuma una pipa y toca el clarinete.

DAG. No: juego al bilboquet.

REY. ¡Más difícil todavía: juega al bilboquet!

PAB. ¡Es prodigioso!

REY. ¡Y á pesar de eso, le engaña su mujer! ¡Es increible! ¿Qué más puede pedir esa mujer?

DAG. Otro.

REY. ¿Otro pez?

DAG. Otro cualquiera. La mujer es realmente un ser inferior.

REY. Afortunadamente, no le faltarán á usted compensaciones...

DAG. (Sonriendo con fatuidad.) ¡Ah, es claro! Como que mi empeño en coger á mi esposa en falta no es mío solo.

REY. Comprendo: hay una mujer que le ama á usted verdaderamente, y con quien se casará usted, una vez obtenido el divorcio...

DAG. Exactamente.

REY. No sé por qué me lo había figurado.

DAG. (Seriamente.) Sí; es una mujer á la que en cierto modo le debo la situación que hoy ocupo en el mundo artístico.

PAB. ¡Ah! ¿Sí?

REY. ¡Hombre! ¡Eso es curioso!

DAG. ¡Vaya si lo es! Verá usted. Yo fuí secretario del barón Craupat, que me había sacado de la miseria; porque mi padre, no me avergüenzo de decirlo, era bombista.

REY. }
PAB. } (Con terror.) ¿Qué?

DAG. Bombista en vidrio. Bombeaba vidrios para los relojes. Mi madre, simple acomodadora en Beaumarchais, y yo pasé mi infancia apedreando perros por las calles. El barón Craupat protegía por entonces á una chica muy linda del teatro de Varietés, Adelina; y como yo era el que desempeñaba los encargos de confianza, veía á la muchacha

con mucha frecuencia. Y necesariamente sucedió lo que tenía que suceder. El barón era viejo y feo: yo era joven y tenía buena figura...

REY. ¿Adelina le otorgó á usted sus favores?

DAG. ¡La volví loca! Y un día, al salir ella del baño, un baño de agua de salvado y de agua de colonia, estábamos juntos en su tocador, cuando oimos la voz del barón en el recibimiento. ¡Imposible huir! ¡Imposible esconderse!

PAB. ¡Demonio!

DAG. A todo esto, ella diciendo muy quedo: «¡Estoy perdida!» «¡No!» le digo yo de pronto. Y me zambullo en el baño y desaparezco bajo el agua blancuzca y tibia.

REY. ¡Admirable!

DAG. Pasaron tres minutos, durante los cuales...

REY. No jugó usted al bilboquet.

DAG. ¡Ah, no; seguramente! El barón se marchó; Adelina, más muerta que viva, vino al baño creyendo encontrar mi cadáver. ¡Qué asombro, qué alegría la suya, cuando me vió salir del agua tranquilo y sonriente como un dios mitológico! Aquél día, señores, comprendí claramente mi vocación y me dije: «Yo seré el hombre pez ó...»

REY. ¡O perezco en la sarten!

DAG. ¡Y lo fuí! Hoy gano cien mil francos al año y cuando entro en casa de Adelina, entro como amo; no me escondo.

REY. ¡Claro! ¡Que se esconda otro!

DAG. ¿Verdad?... Digo, no; no hay otro. Por lo menos, así lo creo.

REY. Ha sido una broma. ¿De manera que Adelina será la nueva esposa?

DAG. En cuanto consiga el divorcio. (Bouzu entra por el foro.)

PAB. ¡Ah! Aquí está Bouzu.

REY. Entonces, ya podemos empezar. (A Dagoberto.) Aquí acaba el hombre de sociedad y empieza el magistrado. (Va á la puerta de la izquierda.) ¡Toupance! ¡Toupance! (A Bouzu.) Pase usted, Bouzu. Pase usted, buen hombre y siéntese.

ESCENA IV

DICHOS, BOUZU y TOUPANCE

BOU. Tengan ustés buenas tardes. (Se sienta en el banquillo.)

TOU. (Por la izquierda.) ¿Me ha llamado usted?

REY. Sí, póngase usted en su mesa.

TOU. ¿Vamos á trabajar?

REY. Ahora mismo. Escriba usted: «Dagoberto contra Bouzu. Causa por adulterio.»

TOU. (Se sienta.) (¡Se fastidió la cita! ¡Lástima de veintiocho francos y setenta y cinco céntimos!) (Escribe.)

DAG. (A Reynette.) ¡Un momento! ¿Tiene que comparecer mi mujer?

REY. Hoy, no; no es necesaria su presencia.

DAG. ¡Mejor! No quisiera encontrarme...

REY. (Con autoridad.) Siéntese usted. (Voy á ponerme la toga, para imponerle más respeto.) (Mutis primera derecha.)

PAB. (Bajo á Bouzu.) Oiga usted, Bouzu. (Se sienta junto á él.)

BOU. ¿Qué se ofrece?

PAB. ¿Por qué no me compra usted la vaca?

BOU. ¿Mi vaca?

PAB. Sí. ¿Quiere usted comprármela?

BOU. (Rascándose la cabeza.) ¡Diantre! Según... Eso depende del precio.

PAB. Trescientos francos.

BOU. ¡Ah, no! No puedo.

PAB. ¡Cómo!

BOU. Perdería.

PAB. ¡Hombre!

BOU. Sí; me han dicho que en el mercado de esta mañana se daban las bestias por nada ó casi nada.

PAB. ¿Pues no me decía usted que por cuatrocientos francos el negocio era soberbio?

BOU. ¡Para mí!

PAB. (Levantándose.) (¡Habrá sinvergüenza!)

BOU. Mire usted, la última palabra. Se la compro

á usted en doscientos francos. Y eso por hacerle á usted un favor. ¡Me parece que soy hombre agradecido!

PAB. Sea. Trato hecho. (Siempre son doscientos cautivos rescatados.)

BOU. ¡Ah! ¡Y yo pago á tocateja! (Le da dos billetes de Banco.)

PAB. ¡Claro! Con mi dinero.

REY. (Por la derecha con toga y birrete. Se sienta ante la mesa de la derecha.) (Y ahora, ¡venga el poder discrecional!) (Alto y con tono seco.) ¡Levántese usted, Dagoberto!

DAG. (Sorprendido.) ¿Yo? ¿Es á mí á quien...? (¡Qué humos!)

REY. ¿Usted acusa al señor Blas Bouzu, aquí presente, de sostener relaciones ilícitas...?

DAG. Perdone usted, amigo mío. Creo que presentada de ese modo la cuestión... Vamos, me parece...

REY. No se trata de lo que á usted le parezca. No tengo que recibir ni órdenes ni lecciones de usted ni de nadie. ¡Sépalo usted!

DAG. (¿Qué yerba ha pisado este hombre?)

REY. Hago las preguntas que me parece y en los términos que me parece.

DAG. (¡Tan amable hace un momento!)

REY. Conteste usted. ¿Acusa usted, sí ó no, á Blas Bouzu de ser el amante de su mujer de usted?

DAG. Sí; le acuso.

BOU. ¡Qué bárbaro!

DAG. ¿Qué dice usted?

BOU. ¡Si yo no le he visto á usté nunca! Ni yo acostumbro á jugar con mujeres casadas que no conozco.

ESCENA V

DICHOS y TRUMEAU

TRU. (Es un gendarme. Entra por la segunda derecha con papeles en la mano.) ¿El señor juez de instrucción?

REY. ¿Qué hay, Trumeau?

BOU. (¡Calla, un gendarme!)

TRU. (Dándole el pliego.) De parte del señor fiscal.

REY. Muy bien. Quédese usted. Le necesito. (Lee.)

TRU. A la orden del señor juez.

REY. ¡Hombre! ¡Por fin! ¡Cornillard detenido!

TOU. ¿De veras? ¡Ya era hora!

REY. Según me dicen le han cogido esta mañana. Se atrevió á entrar en la población para visitar á una mujer con quien tenía relaciones...

TOU. ¡Siempre las mujeres!

REY. Búsqueme usted la causa, Toupance. «Juan, Esteban, Roberto Cornillard.»

TOU. En seguida. (Mutis primera izquierda.)

REY. El señor le sustituirá á usted. (Por Pablo.)

PAB. (Bajo á La Reynette.) Oye... ¿También se llama Roberto?

REY. Sí, ¿qué?

PAB. El nombre adorado por madame Pont-Biquet.

REY. ¡Ah, sí, es verdad! (Se ríen los dos. Bouzu va á sentarse al fondo, junto al gendarme, y se duerme.)

DAG. (Se ríen... Comprendido; todo era una broma.) ¡Vaya! Pase por broma. Yo soy tan bromista como el que más.

REY. Aquí no se bromea.

DAG. ¡Ah! ¿No? Entonces esto pasa de la raya. Me voy. (Va á salir por el foro; Reynette hace una seña á Trumeau.)

TRU. (Deteniéndole.) No se pasa.

DAG. Pero, ¡caramba! ¿qué he hecho yo? Vamos á ver, ¿qué he hecho yo?

REY. (Con severidad.) Va usted á saberlo. He recibido informes acerca de usted, Dagoberto.

DAG. (Con extrañeza.) ¿Desde esta mañana?

REY. Sí, y no le ocultaré á usted que son deplorables.

DAG. ¿Qué dice usted?

REY. Usted, desde su infancia, ha manifestado siempre instintos perversos, inclinaciones viciosas.

DAG. ¡Yo!

REY. Su padre de usted era un simple obrero bombista; bombistá en vidrio... bombeaba cristales de reloj.

DAG. (¡Calla! ¿Cómo lo sabe?)

REY. Su madre de usted era acomodadora en Beaumarchais; un teatro que casi siempre está cerrado.

DAG. (Se sienta.) (Pero, ¿por dónde demonios?)

REY. Usted, en vez de trabajar, en vez de ir á la escuela, pasaba el tiempo en corretear por las calles de París..

DAG. ¡Es prodigioso! ¡Ah! ¡La policía!

REY. Entonces tropezó usted con un hombre.. un senador, un barón.

DAG. (Levantándose.) ¡Bruto de mí! ¡Pero si se lo he contado yo mismo!

REY. Ese hombre se compadeció de usted, le recogió, le educó...

DAG. Y me hizo su secretario; sí; se lo he dicho á usted hace un momento.

REY. ¿Y cómo agradeció usted la bondad de aquel hombre generoso? Realizando la traición más odiosa; arrebatándole el corazón de la mujer á quien amaba.

DAG. Adelina, del teatro de Varietés... Perfectamente; tiene usted buena memoria.

REY. No me interrumpa usted. Aquella mujer se entendió con usted. Usted la veía en secreto, furtivamente, temblando al menor ruido, ocultando su traición en el fondo de una bañera.

DAG. (¡Pero qué bruto he sido, Dios eterno!)

REY. Hoy alimenta usted la esperanza de casarse con Adelina.

DAG. Merezco una albarda. (Se sienta.)

REY. Por desgracia, no es usted libre. Está usted casado. Pero, ¡qué importa! Con tal de conseguir lo que se propone, hace usted desgraciada á su mujer...

DAG. ¡Yo!

REY. Le hace insoportable la existencia.

DAG. ¡No es verdad!

PAB. (Está admirable de elocuencia, pero le daría dos bofetadas á la justicia.)

REY. Usted la vigila...

DAG. ¡No es verdad!

REY. ¡Cállese usted! Usted la hace espiar, usted

la acusa... (Señalando á Bouzu.) ¿Y no teme usted acusar también á este hombre honrado, á este animoso trabajador? ¿Dónde está este animoso trabajador? (A Bouzu, que se ha dormido al fondo cerca del gendarme.) ¡Bouzu! ¡Bouzu, despierte usted! Este modelo de esposos y de padres de familia...

BOU. (Viene al proscenio.) (¿Qué dice?)

REY. Ultraja usted el honor de este pobre aldeano, que se mata trabajando para alimentar á sus hijos.

BOU. No tengo.

PAB. (Bajo á Bouzu.) ¡Silencio!

REY. Que jamás ha amado á otra mujer que la suya...

BOU. No tengo.

PAB. ¡Cállese usted!

DAG. (Nervioso.) Pero, en resumidas cuentas, ¿ha sido sorprendido esta noche pasada con mi mujer este hombre honrado, este esposo modelo? ¿Le han sorprendido, sí ó no?

BOU. ¿No le he dicho á usted que no? ¡Pues no es poco terco! Es una equivocación. ¿Quiere usted que lo pruebe?

REY. Hable usted, Bouzu.

DAG. Es inútil.

REY. ¡Bouzu, le ordeno á usted que hable.

BOU. Ya sé yo el intríngulis de la historia. He estado esta mañana en el hotel á recoger mi ropa y he hablado con el camarero, que me lo ha contado todo.

PAB. (¡Canastos!)

REY. (¡Otra vez el camarero!) ¡Calle usted, Bouzu!

BOU. Su mujer de usted estaba con un hombre. ¡Es un hecho!

DAG. ¡Ah!

BOU. ¡Pero no era yo!

PAB. Pero, ¿quién le mete á usted...?

REY. Bouzu, le mando á usted que calle.

DAG. Hable usted, Bouzu.

BOU. El que estaba era otro, que lleva una vida de mil demonios.

REY. ¡Ah, esto es demasiado! (Se levanta.)

PAB. (¡Yo lo saco de aquí á puntillones!)

BOU. Ha roto...

REY. (Empujándole.) ¡Vaya! ¡Se acabó! ¡Al pasillo! (A Trumeau.) Gendarme, haga usted salir á este hombre, ¡vivo! (Bouzu, siempre protestando, sale por el foro, arrastrado por Pablo y empujado por Trumeau, que salen con él.)

DAG. ¡Protesto! ¡Protesto!

REY. Me da lo mismo.

DAG. ¿Por qué no le deja usted hablar?

REY. Porque quiero. Aquí no hay más autoridad que la mía, ¿lo oye usted? Quiero que se conteste á mis preguntas y nada más que á mis preguntas. ¡A dónde iríamos á parar si tuviéramos que oir los chismes y las tonterías de unos y otros! ¡No faltaba más!

DAG. Su deber de usted es buscar la verdad por todos los medios.

REY. No necesito que usted me diga cuál es mi deber. Le conozco. (Levantan la voz.)

DAG. Nadie lo diria.

REY. (Furioso.) ¿Qué está usted diciendo? ¿Eh? ¡Mucho cuidado con las insolencias, porque le costarían á usted caras!

DAG. ¡Y encima me amenaza! ¡A mí! ¡Al querellante! ¡Es el colme! ¡Buena está la justicia! (Trumeau entra por el foro.)

REY. Le advierto á usted que si dice una palabra más, una sola palabra, le arresto inmediatamente.

DAG. ¡Arrestarme! ¿A mí?

REY. Sí, señor.

DAG. ¿A mí? ¿Al marido?

REY. A usted, al marido.

DAG. ¡A que no!

REY. ¿Me desafía usted?

DAG. ¡Quisiera verlo! (Entra Pont-Biquet por la segunda derecha.)

REY. Ahora mismo. (A Trumeau.) Prenda usted á este hombre. (Trumeau le echa mano.)

DAG. (Resistiéndose.) ¡Ah, monsieur Pont-Biquet!

ESCENA VI

LA REYNETTE, DAGOBERTO, TRUMEAU y PONT-BIQUET

REY. (Estupefacto.) ¡Mi suegro! (¡Me ha partido!)

PONT ¿Qué pasa?

REY. ¡Cómo! ¿Está usted ya de vuelta?

PONT Me he encontrado en la estación de La Roche un telegrama del fiscal dándome cuenta de la captura de Cornillard y he vuelto en el primer tren descendente.

DAG. Bendigo su vuelta, señor Pont-Biquet.

PONT ¿Pues qué hay?

REY. Hay que desde hace un cuarto de hora este caballero insulta á la justicia y ultraja á la magistratura.

DAG. ¡Yo!

PONT ¡Ah! ¿Sí? ¿También este señor es de los que nos atacan?

DAG. Yo no ultrajo á nadie. Yo soy correcto. ¡Siempre correcto! Pero deseo..

PONT (A Reynette.) ¿Has comenzado el sumario?

REY. Y lo he concluído. Ahora mismo.

DAG. ¿Concluído?

PONT ¡Tan pronto! Yo no te había dicho que lo acabaras, sino que lo prepararas.

REY. Bouzu no es culpable.

DAG. Perdone usted. Si no lo es él, lo será otro.

REY. No se trata de eso. ¿Quién ha sido sorprendido con su mujer de usted? ¡Bouzu! ¿A quién acusa usted? A Bouzu. Aunque hubiera diez más ¡veinte! ¡ciento! no me importa.

PONT A mí sí. ¿Ha prestado declaración la mujer de Dagoberto?

REY. Todavía no.

PONT (¡Muy bien!) Es indispensable empezar por ahí. ¿Está aquí?

REY. No: está á dos pasos de aquí; en el hotel de Inglaterra. Se le ha prevenido que no salga de su habitación esta tarde y que espere allí á disposición de la justicia.

PONT ¡Ah! ¿está á disposición?... ¡Muy bien!

REY. (Quitándose la toga.) Si quiere usted que vaya en un momento...

PONT No; gracias. Iré yo.

REY. ¿Para qué va usted á molestarse? Si yo...

PONT No. Prefiero ir yo mismo.

REY. En cinco minutos voy y vuelvo...

PONT ¡Te digo que no! Tengo que ver al sustituto á propósito del asunto de Cornillard y aprovecho la ocasión para interrogar yo mismo á miss Carmen (Veremos esa famosa belleza de la que han hablado todos los periódicos.) (Vase foro.)

REY. (Todo me sale al revés.)

DAG. (Ahora es cuando se hará justicia.)

ESCENA VII

REYNETTE, DAGOBERTO, TRUMEAU; después TOUPANCE

REY. Ahí tiene usted lo que yo quería evitar á todo trance.

DAG. ¿El qué?

REY. Que mi suegro tomara declaración á su mujer de usted.

DAG. ¿Por qué?

REY. ¿Que por qué? Pues en interes de usted mismo. (No puedo decirle que en interés mío.)

DAG. No comprendo...

REY. ¿No, eh? ¿Tiene usted una amiga y persigue á su mujer porque tiene un amante?

DAG. ¿Y qué?

REY. Que no tiene usted derecho. Artículo 336 del Código penal.

DAG. (Incrédulo.) ¡Vamos!

REY. Perderá usted el pleito, será usted condenado en costas y se verá usted perseguido entonces por su mujer y por Bouzu.

DAG. Pero... ¿habla usted en serio?

REY. ¡Que si hablo en serio! Yo lo he visto desde el principio del asunto. ¡Pero los artistas! Creen que todo es comerse una zanahoria. Yo me dije: «Hago una parodia de interro-

gatorio, dicto un sobreseimiento y detengo así el proceso, que es un mal paso en que se ha metido este imprudente.» Eso es lo que me proponía.

DAG. De manera que el mal humor de antes...

REY. Era una comedia á fin de que Bouzu—porque estos brutos son muy maliciosos—no sospechara mi interés.

DAG. Pero diga usted, ¿no puedo perseguir á mi mujer á causa de la otra?

REY. ¿Pero no comprende usted que desde ese momento se supone que el marido trata solamente de cambiar de mujer sin motivo y eso no puede aprobarlo la justicia?

DAG. Realmente debo estar agradecido á usted...

REY. ¿Sabe su mujer de usted las relaciones con Adelina?

DAG. ¡Claro que lo sabe!

REY. Pues está usted fresco. Porque en este momento se lo estará contando á mi suegro.

DAG. Entonces... ¡ay! ¡me vuelvo loco!... Lo mejor es que vea usted al señor Pont-Biquet, que le explique...

REY. Sí; es lo mejor. (Con tal que Carmen no le haya hablado de mí...) Voy corriendo.

TOU. (Por la primera derecha con legajos.) Aquí está la causa de Cornillard.

REY. Póngala usted en mi mesa. (Vase segunda derecha.)

ESCENA VIII

DAGOBERTO, TOUPANCE, TRUMEAU; después MADAME PONT-BIQUET

TOU. (A Dagoberto.) ¿Qué tal su asunto de usted? ¿Tiene usted buena impresión?

DAG. No, señor.

TOU. ¿No, eh?

DAG. Todo iba como una seda. Pero de pronto ha vuelto monsieur Pont-Biquet...

TOU. ¿Qué? ¿Monsieur Pont-Biquet ha vuelto?

DAG. Hace un instante que ha estado aquí.

TOU. (¡Por eso no ha venido su mujer á la cita!) (Viendo á madame Pont-Biquet que entra por el foro.) ¡Ella aquí! ¡qué imprudencia!

Mme. PONT ¿Estorbo?...

TOU. (Haciéndole señas.) ¡Chist! Espere usted. (A Dagoberto.) ¿Tiene usted la bondad de pasar aquí, á la sala de testigos? Es cuestión de cinco minutos.

DAG. Sí, señor... (Saludando.) ¡Señora!...

TOU. Trumeau le acompañará áusted.

DAG. ¿Quién es Trumeau? ¡Ah! el gendarme. (Voy á estar divertido.) (Mutis seguido de Trumeau por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

TOUPANCE y MADAME PONT-BIQUET

TOU. ¡Por fin estamos solos! ¡Ah! ¡cuánto le agradezco á usted que haya venido! Hace dos horas que espío el momento de su llegada, su aparición...

Mme. PONT ¿Me esperaba usted?

TOU. ¡Ah! ¡y con cuánta impaciencia!

Mme. PONT ¿Tenía usted algo que decirme?

TOU. (Con fuego.) ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! Tengo que decir á usted una cosa. ¡Ursula! ¡mi querida Ursula!

Mme. PONT (¡Ursula! ¡qué confianza!)

TOU. Pero en este sitio sería poco prudente. Yo contaba con la ausencia de monsieur Pont-Biquet... Creía que estaríamos solos: por eso le he dado á usted esta cita.

Mme. PONT ¿Usted me ha dado una cita? ¿Cuándo?

TOU. ¡Toma! Esta mañana á las once, cuando nos fuímos á la estación. ¿No me comprendió usted?

Mme. PONT ¿Yo?

TOU. Quería dar á usted las gracias por esta rosa que me tiró usted anoche por la ventana del salón. (Señalando la rosa que lleva en el ojal.)

Mme. PONT (Sorprendida.) (¿Qué?)

TOU. ¡Y por los besos que la acompañaron!

Mme. PONT (¡Toupance!)

TOU. ¡Ah, los besos! ¡Desde ayer me abrasa el deseo de devolverlos!

Mme. PONT (Entonces, Roberto... ¡Es él, Roberto! ¡Ah!)

TOU. Desde ayer tengo verdadera fiebre...

Mme. PONT (¡Y tenía el tupé de escribir que era joven y que no había amado nunca!)

TOU. ¡No pienso más que en usted! ¡Solo en usted!

Mme. PONT (Agresiva.) ¿Conque me ama usted?

TOU. Frenéticamente.

Mme. PONT ¿Conque yo soy su primer amor?

TOU. ¡Exacto! El primero y el único. Mi matrimonio fué un matrimonio de conveniencia.

Mme. PONT ¿Conque usted es joven?

TOU. ¡Ah, sí! Mi corazón para usted tiene siempre veinte años, Ursula.

Mme. PONT (Me ama verdaderamente. No puedo guardarle rencor.)

TOU. Tenía la esperanza de pasar aquí con usted algunas horas, solitos...

Mme. PONT (Púdicamente.) ¡Ah, Roberto!...

TOU. (Sorprendido.) (¿Roberto?)... Y había preparado un poco de merienda, unas frutas, unos pastelillos, champagne...

Mme. PONT ¡Oh!...

TOU. Y un bonito *bouquet.*

Mme. PONT ¿Un *bouquet*?

TOU. Lo tengo en la escribanía. Voy á traerlo. (Vase por la primera izquierda.)

Mme. PONT ¡Era Toupance! ¡Y yo que me figuraba!... ¡Ah! no valía la pena de remontar la fantasía. En fin, la verdad que el pobre hombre no tiene la culpa. Habla con sinceridad.

TOU. (Entrando.) ¡Aquí está el *bouquet*!

Mme. PONT (Tomándolo.) ¡Es soberbio! ¡Y huele muy bien! ¡Gracias, Roberto!

TOU. (¡Otra vez!)

Mme. PONT (Bruscamente.) ¡Ah! ¡ahora que me acuerdo! ¡Sí, está claro! ¡Usted es un miserable! (Le pega con el «bouquet».)

TOU. (Estupefacto.) ¡Yo! ¡un miserable!

Mme. PONT Sí: usted se lo ha contado todo á mi yerno.

TOU. ¿A La Reynette? Que le he contado... ¿qué? Yo no le he contado nada.

Mme. PONT ¿Cómo sabría él que usted me ama, si usted no hubiera cometido la indiscreción?...

TOU. ¿Reynette sabe que yo la amo á usted? ¡Imposible!

Mme. PONT Bien claramente me lo ha dado á entender. Y yo había venido aquí para tener con él una explicación.

TOU. Le doy á usted mi palabra de honor... (Reynette entra por la segunda derecha.)

Mme. PONT Aquí está.

ESCENA X

TOUPANCE, MADAME PONT-BIQUET y LA REYNETTE

REY. ¡Calla! ¿Usted por aquí, mamá? (Mientras deja el sombrero sobre su mesa y madame Pont-Biquet habla con Toupance. Al público.) He ido al hotel de Inglaterra, cuarto número doce, el cuarto de Carmen. Llamo; no contestan. Otra vez... y nada. Empujo la puerta y oigo la voz de mi suegro que grita: «¡No abrid, en nombre de la ley!» He dado media vuelta.

Mme. PONT (A La Reynette.) ¡Caballero!

REY ¡Mamá!

Mme. PONT Esta mañana me ha arrancado usted de las manos una carta que yo iba á dar á monsieur Pont-Biquet; carta que revelaba ciertas cosas...

REY. Así es.

Mme. PONT Ha tratado usted de intimidarme para que callara... ¡y no callaré! Las artimañas de usted son inútiles. Sus amenazas no me dan miedo. Puede usted denunciarme á mi marido cuando quiera. No me importa. Ahora ya sé quién es Roberto.

REY. (¡Zambomba!)

Mme. PONT Sí; conozco al que me ha enviado esas cartas tan misteriosas y apasionadas.

REY. (Yo creía haber disfrazado mi letra.)

Mme. PONT Este es el que las ha escrito. (Por Toupance.)

TOU. (¡Yo!)

REY. ¿Toupance?

Mme. PONT Como usted comprende, monsieur Toupance no es hombre peligroso.

TOU. Perdone usted; yo...

Mme. PONT Y sepa usted que prefiero contárselo todo á mi marido, antes que dar entrada en mi hogar al deshonor.

REY. (Espera un poco. Voy á darte la vuelta en plata menuda.) (A Toupance.) ¿De manera que usted se llama Roberto?

TOU. ¿Yo? Yo me llamo Alfredo.

REY. ¿Y usted es el que ha escrito á esta señora cartas incendiarias?

TOU. ¡En mi vida!

Mme. PONT ¿Pero no acaba usted de declararme su amor?

TOU. Eso sí; pero no le he escrito á usted nunca. Varias veces he notado que me llamaba usted Roberto; es verdad; pero no sabía á qué atribuirlo. Yo no la amo á usted más que desde anoche á las nueve y media, hora en la cual usted me tiró esta rosa por la ventana y me echó usted besos.

REY. (Riendo.) (¡Anda! ¡Los recibió éste!)

TOU. Confieso que los recibí con placer y que me encantó esa ardiente simpatía que, á la verdad, no sospechaba; pero...

REY. Bueno, bueno, Toupance: déjenos usted.

Mme. PONT ¡Esto es horrible! (Cayendo en el banquillo.) ¡Cada vez lo entiendo menos!

TOU. (¡Pero qué manía es esa de Roberto!) (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI

LA REYNETTE y MADAME PONT-BIQUET

REY. (Ahora me toca á mí. Voy á darle un jabón para toda su vida.) Acusada, levántese usted.

Mme. PONT ¿Qué está usted diciendo?

REY Acusada, póngase usted en pie.

Mme. PONT (Se levanta furiosa.) ¡Insolente!

REY. ¡Silencio! No habla el yerno: habla el magistrado. (Se pone el birrete.)

Mme. PONT ¡El magistrado!...

REY. ¿Cómo se llama usted? Sí; ya lo sé: (Escribe.) Ursula Cachoin, mujer de Pont-Biquet.

Mme. PONT ¿Qué significa esta farsa?

REY. ¿La edad de usted?...

Mme. PONT Pero...

REY. (Escribiendo.) Cuarenta y cinco años.

Mme. PONT (Vivamente.) ¡Cuarenta y cuatro!

REY ¡Cuarenta y cinco!... ¿Ha sido usted procesada anteriormente?

Mme. PONT ¡Caballero!

REY. ¿No?... ¡Bueno!... ¡Abra usted el corsé!

Mme. PONT Pero, ¿se ha vuelto usted loco?

REY. Abra usted el corsé y deme usted las cartas que lleva usted escondidas.

Mme. PONT (Aterrada.) ¡Los cartas!... Pero...

REY. ¡Las cartas de Roberto!... Esas cartas que le producen á usted un gran consuelo, como usted misma dice impúdicamente.

Mme. PONT (¡Este hombre es el mismo demonio!) Aquí están. (Las saca y se las da.)

REY ¡Muy bien! (Las guarda en el bolsillo.) (Ya estoy tranquilo.)

Mme. PONT ¿Quiere usted al menos explicarme?...

REY. (Con acento dramático.) ¡Han cogido á Cornillard!

Mme. PONT ¡Ah!... ¿Y qué?

REY ¡Que Cornillard ha sido detenido!

Mme. PONT Bueno, ¿qué más?

REY. ¿No comprende usted ó finge no comprender? ¡Roberto Cornillard!... ¡Roberto!

Mme. PONT (Da un grito.) ¡Ah! ¿él?

REY Sí.

Mme. PONT ¡No! (Tapándose la cara con las manos.)

REY. ¡Sí!

Mme. PONT ¡No!

REY. ¡Sí!

Mme. PONT (Trastornada.) ¡Oh! ¡es imposible!

REY. Ha entrado en la ciudad para ver á la mujer que amaba, ¡para verla á usted! y le han cogido.

Mme. PONT (Anonadada.) ¡Amada por Cornillard! ¡Yo!...

REY. ¡Un ladrón! ¡un bandido!... ¡quién sabe! quizás un asesino.

Mme. PONT ¡Ah! ¡es espantoso!

REY. ¡Ese! ¡ese es el apuesto galán que prefería usted á su marido! Ese era el hombre de encantos irresistibles que la volvía á usted loca de amor. A usted, la virtuosa señora Pont-Biquet, tan severa é intolerante con las faltas de los demás. ¡Usted, la esposa del juez de instrucción!

Mme. PONT (De rodillas, llorando.) ¡No sabía, Reynette, no sabía!...

REY. Y á ese granuja despreciable le ha estado usted escribiendo á la lista de correos en Blocqueville.

Mme. PONT ¡Por piedad, Saturnino!

REY. ¡Aquí están! Aquí están las cartas apasionadas de usted, que los gendarmes le han sacado del bolsillo al registrar á ese malhechor. ¡Ah! se me ponen los pelos de punta...

Mme. PONT ¡Por caridad, Saturnino!

REY. Se me ponen los pelos de punta cuando pienso que estas cartas abominables podían, ¡debían! haber caído en manos de monsieur Pont-Biquet. ¿Qué hubiera sido entonces de usted? ¿qué hubiera usted hecho? ¿qué hubiera usted dicho? Y todavía, si cuando sea juzgado, viene ese Cornillard á jactarse en plena Audiencia de sus relaciones con la mujer del juez... ¿qué hará usted? ¡vamos á ver! ¿qué dirá usted?

Mme. PONT ¡Ah, no, no! ¡Eso, nunca! ¡Me moriría de vergüenza! ¡Sálveme usted! (Se desploma en una silla delante de la mesa, sobre la cual echa el brazo y la cabeza. Reynette le levanta la cabeza, la suelta y la cabeza vuelve á caer inerte.)

REY. (Yo creo que es suficiente. No quiero llegar al ataque de nervios.)

Mme. PONT (Recobra el sentido.) Diga usted, diga usted, por Dios, que me salvará.

REY. Bueno. ¡La salvaré á usted!

Mme. PONT ¡Ah! ¡Gracias!

REY. Es posible que me cueste caro. Pero Corni-

llard no hablará á nadie de esta aventura vergonzosa. ¡Se lo prometo á usted!

Mme. PONT ¡Ah! ¡Eso es muy noble!

REY. Se lo prometo á usted... con las condiciones siguientes.

Mme. PONT ¡Vengan, vengan!

REY. (Después de reflexionar un momento.) En adelante será usted tan bondadosa y tan amable como gruñona y áspera ha sido hasta ahora.

Mme. PONT ¡Sí! ¡Sí!

REY. (Como antes.) No se opondrá usted en lo más mínimo al casamiento de Gabriela y Pablo.

Mme. PONT ¡No! ¡No me opondré!

REY. (Como antes.) No hablará usted á mi mujer ni una palabra de mi visita á esa Carmen.

Mme. PONT ¡Ni una palabra!

REY. (¡Vamos á ver! ¿Qué más le pediría yo ahora que es tiempo?)

Mme. PONT (Súbitamente.) ¡Ah!

REY. ¿Qué ocurre?

Mme. PONT Pablo...

REY. Pablo... ¿qué?

Mme. PONT El también gritaba «¡Roberto!» esta mañana.

REY. (¡Canastos! Es verdad.)

Mme. PONT ¿Es que lo sabe?

REY. Nada concreto. Estaba conmigo cuando los gendarmes me trajeron las cartas de usted... ¡Claro! se me escaparon algunas palabras... pero incoherentes. No puede haber formado idea... Yo me encargo de que no sospeche nunca la verdad.

Mme. PONT ¡Saturnino, usted es un ángel!

REY. No. No soy un ángel. Soy sencillamente un yerno que quiere bien á su suegra. Y eso, en estos tiempos, no es un grano de anís.

Mme. PONT ¿Y mis cartas? ¿No me las devuelve usted?

REY. Más adelante... si se porta usted bien. (Al ver á Pont-Biquet que entra por el fondo seguido de Pablo que le habla, sin que Pont-Biquet dé señales de oirle.) ¡Cuidado! ¡su marido de usted!

ESCENA XII

DICHOS, PONT-BIQUET y PABLO

Mme. PONT (Bajo á Reynette.) ¡El pobre! ¡De buena gana le daría un abrazo!

REY. ¡Ni pensarlo! ¡Sería una torpeza! Arreglese usted un poco el peinado.

PONT (Radiante de júbilo, va á la mesa de la derecha.) (¡Qué mujer! ¡qué hermosura! ¡qué talento! ¡qué gracia! ¡Las tres cosas!) (Se sienta y escribe.)

PAB. (Bajo á Reynette.) ¿Estás seguro de que Pont-Biquet no sabe nuestras aventuras con Carmen?

REY. ¡Qué se yo! Precisamente viene de verla. No sé lo que ella le habrá dicho.

PONT (¡Ha declamado, ha cantado y ha bailado! ¡Las tres cosas! (Escribe.)

PAB. Le he encontrado ahora mismo, he venido con él y...

REY. ¿Y qué?

PAB. No sé si era frialdad conmigo ó que venía muy preocupado. Le hice algunas preguntas y no sé si me ha contestado. Debía ser preocupación porque ha faltado poco para que le cojan dos coches.

PONT (¡Qué belleza! No. No mentían los periódicos.) (Escribe.)

REY. Puede que Carmen le haya contado... ¿Qué está escribiendo? (Va hacia Pont-Biquet.)

PONT (A Reynette.) Tenías razón: Bouzu no es culpable ni hay delito ninguno que perseguir. Mira el auto de sobreseimiento.

REY. (Bajo á Pablo.) ¡Estamos salvados! Y esta vez definitivamente.

PAB. (Lo mismo) ¡Por fin!... (Matilde entra con mal talante por el foro.) ¡Tu mujer!

ESCENA XIII

DICHOS y MATILDE

REY ¡Querida Matilde!...

MAT. (Furiosa.) ¡Déjeme usted, caballero! Le prohibo á usted que me dirija la palabra.

REY. (¿Qué pasa ahora?)

Mme. PONT ¡Matilde!

MAT. (A Pont-Biquet que no la oye y sigue sonriendo.) Papá: ya sé la verdad de lo ocurrido esta noche pasada en el Hotel de Inglaterra.

REY. ¿Qué?

Mme. PONT (¿Qué dice?)

MAT. He ido en busca del camarero que estuvo en casa esta mañana y me lo ha contado todo.

PONT (Me está hablando... No oigo nada. ¡Diantre! ¿Será que por casualidad?)

Mme. PONT ¡Matilde, ten calma!

MAT. ¡No! ¡no callaré!

PONT (¡Esto me faltaba! ¡Ya estoy sordo, caramba! Con tal que mi mujer no lo note...)

MAT. ¡Papá, mi marido me engaña!

REY. ¡Falso!

MAT. Anoche...

REY. ¡Falso! ¡falso!

MAT. ¡Es cierto! ¡Con una tal Carmen! ¡Sí, señor!

REY. ¡Protesto enérgicamente, querido suegro!

PONT (Sigamos sonriendo. La sonrisa no quiere decir nada.) (Lee el proceso de Cornillard.)

Mme. PONT (A Matilde.) Escucha, hija mía. (Le habla.)

PAB. (A Reynette.) Tu suegro no dice nada.

REY. Le ahogará la cólera.

PAB. ¡Cá! ¡si está sonriendo!

REY. ¡Sí! ¡Es incomprensible!

PAB. ¡Si parece que no se entera!

REY. (¡Hola! ¡hola! ¿Si estará sordo como los sábados?)

PAB (¿Qué será esto?)

MAT. ¡No, mamá! ¡Es inútil. Pediré el divorcio. (Señalando á Reynette.) ¡Y lo toma á risa! ¡qué villanía!

REY. ¡Este suegro! (Tosiéndole á la oreja.) ¡Ejem! ¡ejem! ¡nada! ¡está sordo!

PAB. ¿Sordo?

REY. (Repite el juego.) ¡Ejem!... ¡Audiencia pública! Está como una tapia.

Mme. PONT (Vivamente.) ¿Está sordo?

REY. (¡Adiós mi dinero! He dicho una tontería.)

Mme. PONT (A Pont-Biquet: furiosa.) ¡Ah! ¿Conque está usted sordo? ¿De dónde viene usted? ¿De dónde? (Sacudiéndole por un brazo.)

PONT ¿Que por qué he vuelto? Porque han cogido á Cornillard.

Mme. PONT ¡Cornillard! ¡Oh!...

REY. ¡Esta es la espiación, querida mamá! Todos necesitamos un poco de indulgencia. En cuanto á ti, Matilde, mi buena Matilde, te afirmo y te juro que no soy culpable. Que te lo diga tu madre.

Mme. PONT (Con fuego.) Saturnino es un hombre leal y honrado, hija mía. Es un hombre de corazón. Es el honor y la providencia de la familia Pont-Biquet. ¡Amale mucho! Como debemos amarle todos, porque lo merece.

PAB. (¡Vaya un elogio! ¡Esto es estupendo!)

REY. (A Matilde.) Vamos: ¿te convences? (Madame Pont-Biquet golpea con un libro sobre la mesa sin que Pont-Biquet lo oiga.)

MAT. ¡Qué he de hacer! ¡Cuando mi madre lo dice! Además, yo no deseo otra cosa.

Mme. PONT (Dejando caer sobre la mesa un libro ó cartapacio muy grande. Pont-Biquet impasible.) ¡Jamás ha estado tan sordo!

ESCENA XIV

DICHOS, TOUPANCE, DAGOBERTO y TRUMEAU

TOU. (Por la primera izquierda.) ¡Oh, cuánta gente!

TRU. (Por la segunda izquierda con Dagoberto.) ¿Y después?

DAG. Después mondo una zanahoria, me como una manzana...

REY. ¡Albricias, querido señor Dagoberto! ¡Le

convencí! Monsieur Pont-Biquet ha firmado un auto de sobreseimiento.

DAG. ¡Ah, muchas gracias! ¡Me vuelvo á París!

REY. ¿Con su mujer de usted?

DAG. ¡A la fuerza! La facturaré también... hasta nueva orden.

PAB. (¡Buen viaje!)

DAG. (A Pont-Biquet.) Caballero, muchísimas gracias por la bondad...

PONT ¡Ah! ¡encantadora! ¡Es encantadora!

TRU. (A Pont-Biquet.) Si el señor juez no me necesita, ¿puedo irme á comer?

PONT No; hoy no. Ya hablaremos de eso mañana.

Mme. PONT (A Toupance.) Tome usted sus flores, Toupance.

TOU. (Las toma.) ¿De modo que... todo ha concluído?

Mme. PONT ¡Ah, sí, por completo!

TOU. (¡Se lo daré á mi mujer!) (A Pont-Biquet.) ¿Se acabó por hoy, verdad? ¿Ha terminado la instrucción?

Mme. PONT (Toma el bouquet.) Muchas gracias. Es magnífico. ¿Son de su jardín?

TOU. (¡Me toma el bouquet!)

PONT La Reynette, ten la bondad de hacer que me dejen solo y que no entre nadie. Tengo que trabajar. (Se sienta en una butaca.)

REY. ¡Comprendido! Va á echar la siesta.

Mme. PONT (A Reynette.) ¡Saturnino!...¿No será usted muy severo con ese desdichado Cornillard?

REY. ¿Tiene usted interés?

Mme. PONT Al fin y al cabo... se ha dejado coger por verme.

REY Corriente. Si es usted muy buena, muy buena... reconoceré para él circunstancias atenuantes.

TELÓN

Precio: DOS pesetas